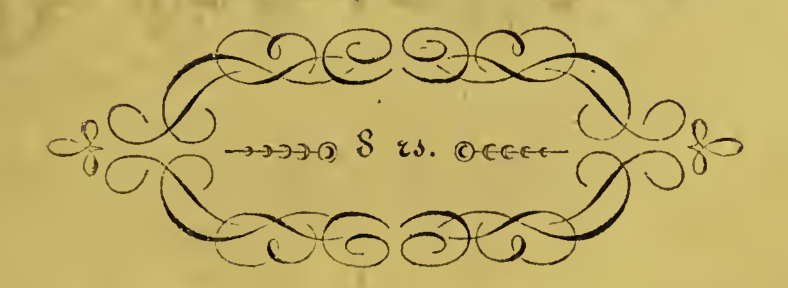
CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA,

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

en los Teatros de la Córte.



MADRID,
LIBRERIAS DE RIOS Y CUESTA.

QUIEN BIEN TE QUIERA,

TE HARÁ LLORAR.

COMEDIA ORIGINAL, EN CUATRO ACTOS, Y EN VERSO

por

D. RAMON DE NAVARRETE,

Estrenada en el teatro del Príncipe la noche del 15 de noviembre de 1848.



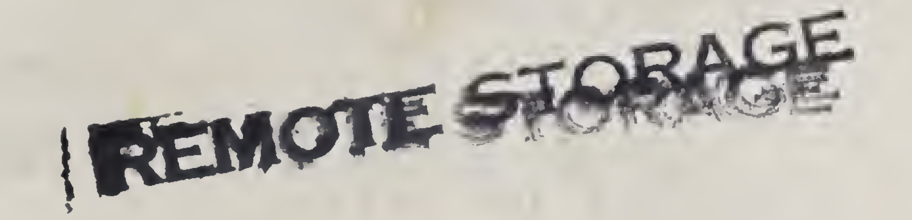
MADRID.
Imprenta de don José Sanchez Valledor, á cargo de don Federico Cañas'
calle del Príncipe, núm. 9.
1849.

AL SEÑOR

D. LUIS MARIA DE LA TORRE.

SU BUEN AMIGO

Ramon de Navarrete.


REMOTE STORAGE

Personas.	Actores.
EL PRINCIPE D. FELIPE. (*Felipe IV*). . .	D. FLORENCIO ROMEA.
D. ENRIQUE DE VILLEGAS.	D. JULIAN ROMEA.
D. JUAN DE ALVARADO.	D. ANTONIO BARROSO.
D. FELIX DE INESTROSA.	D. LÁZARO PEREZ.
DOÑA LEONOR DE GUEVARA.	DOÑA MATILDE DIEZ.
D.ª ISABEL DE INESTROSA.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
DOÑA ANA DE GUEVARA.	DOÑA PLÁCIDA TABLARES.
MARI-PEREZ, *dueña*.	DOÑA GERÓNIMA LLORENTE.
INES, *criada de doña Ana*.	DOÑA MARIANA CHAFINO.
JUANA, *criada de doña Isabel*.	DOÑA MICAELA DURÁN.
MENTIROLA, *criado de D. Enrique*.	D. ANTONIO DE GUZMAN.
CASCARRABIAS, *criado de D. Juan*. . . .	D. JUAN TORROBA.

Criados, soldados, y alguaciles.

La escena pasa en Madrid, año de 1621.

ACTO PRIMERO.

Una plaza: á la derecha una iglesia: á la izquierda una fuentecilla: al lado la casa de D. Felix--Al levantar el telon se oye el toque de oraciones: alguna gente entra y sale en la iglesia.

ESCENA I.

DOÑA ANA, *que sale del templo seguida de* DON JUAN, *rebozado:* INES *y* CASCARRABIAS *detrás.*

JUAN. Con que tan de pronto vino?...
ANA. Si, D. Juan.
INES. Y de rondón;
y con dañada intencion
nada tal vez nos previno.
ANA. Yo dándole por pretesto
esa novena que hacía
allí á la virgen María,
sali por decirte esto,
y que hoy no quiere mi suerte
cual siempre adversa y tirana
que te reciba.
JUAN. Tu hermana
ha venido á darme muerte.
ANA. Pero mañana, D. Juan,
que irá Leonor á palacio,
tendremos sobrado espacio
para hablarnos sin afan.
JUAN. Un ángel eres!
ANA. Quisiera
que emplées mayor sigilo;
y anoche pendió de un hilo

que mi opinion padeciera.

JUAN. Si me vén como ladron
bajarme de tu jardin...

INES. Y ladron sois; porque al fin
robasteis un corazon.

JUAN. Dió un perro fieros ahullidos,
y una condenada vieja
que narraba una conseja
á cien chicos reunidos,
hizo señal de la cruz
al mirarme, y asustada
dió gritos la desdentada
para que asomasen luz.

ANA. Si te vieron! Ay!

JUAN. No á fé,
que como siempre celoso
de tu honor y tu reposo,
aunque con riesgo escapé;
y cuando la luminaria
de candiles y belones
apareció en los balcones,
estaba ya solitaria
la calle, y la bruja aleve
á su asustado retablo
contaba que fuera el diablo,
pues que á la cruz no se atreve.

ANA. Fuisteis D. Juan, muy temprano.

JUAN. Moderar del alma mia
el afan en que se ardia,
intenté, mi bien, en vano.
Mas dime, ¿cuándo al rigor
há de renunciar tu hermana
y mas clemente y humana
há de premiar nuestro amor?...

ANA. Ella....

INES. No está conocido?
Es que su orgullo sufriera
si encontrándose soltera,
os viese á vos con marido.

JUAN. Rara aprension!

INES. Como suya.

JUAN. Suya es la culpa tambien,
que de sobra tiene quien
con tal reparo concluya.

INES. Muchos suspiran por ella,
y ella á todos les dá enojos,
y con tales trampantojos
se espone á morir doncella.
Uno sobre todo...

JUAN. Si;
D. Enrique.

INES. Pues mil veces
con desaires y esquiveces
pagar su afecto la ví.

JUAN. Quizás la estraña venida
de Leonor, há por objeto,
saber si guarda en efeto
aquel la fé prometida.
Y dicen que distraido
de noche por esta calle,
no es dificil que le halle
á otra hermosura rendido.

INES. Mas entonces con razon
dispuso ella su regreso;
y acaso viene por eso,
á castigar su traicion.

ANA. Pues mucho temo por él,
porque es mi hermana tan fiera,
que verle muerto quisiera
mejor que mirarle infiel.

JUAN. Acaso es tan orgullosa
y tan altiva, por Dios?

INES. Que cual ella no habrá dos
tened por segura cosa.
Con tan estraña aspereza
oscurece su talento;
pues creedme, que no miento.
es mayor que su belleza.
Asi de todos dudando,
y á todos dando desprecio,
sus años de mayor precio
ván tristemente pasando.

Y tal vez cuando la edad
manche inplacable su frente,
arrepentida lamente
su importuna crueldad.
Entonces llorará acaso
haber sido tan severa;
pues de contrita á altanera
sabido es que hay solo un paso.

Ana. Que acertastes imagino
de su regreso, D. Juan
la causa; y en el afan
con que ocultarla previne
lo muestra bien claramente.

Juan. Presto volvió á atormentarnos!

Ana. Mira que de separarnos
es hora, pues sale gente;
y alguno, aunque voy tapada
y es muy oscura la noche...

Juan. Mal hace en cerrar su broche
la pura flor perfumada;
mal su luz en ocultar
la hermosa y radiante estrella;
y mal tú, siendo tan bella,
tu hermosura en no mostrar.
Que eres en el dia sol;
y en la tarde eres lucero;
y es ese rostro hechicero
en tinieblas arreból...

Cascarrabias. (*Continuando en tono burlesco é irónico.*)
Tus lágrimas son azár;
tu risa es celeste aurora;
y tu cabello desdora....
á un maestro de dorar.
Es tu seno la mansion
y el templo de los amores....
Es esto acaso, señores,
comedia de Calderón?..
Basta de estremos por San...

Ana. Dice bien: hasta mañana!

Juan. Cual pensaré, mi doña Ana,
hasta entonce....

ANA. Y yo, D. Juan?
¿No buscarás quien consuele
tu tristeza?.. (*Dándole la mano.*)
JUAN. Ingrata mia,
para mi no ha de haber dia
hasta que á tu lado vele! (*Besándola.*)
ANA. Adios, pues... (*Sin irse y sin retirar la mano.*)
INES. Vamos, señora.
ANA. Piensa en mi!
JUAN. Acaso lo dudas? (*Como antes.*)
CASCARRABIAS. Basta ya de escenas... mudas!
JUAN. Adios... (*Suspirando.*)
ANA. Adios... (*Lo mismo.*)
CASCARRABIAS. (*Llevándose á D. Juan.*) Ya era hora!

(*Vánse doña Ana é Inés por la izquierda, y por el lado opuesto D. Juan y Cascarrabias, haciendo estremos.*)

ESCENA II.

Salen de la iglesia DOÑA ISABEL *con* JUANA, *y detrás* DON FELIX DE INESTROSA.

FELIX. Vuélvete á casa, Isabel,
que se vá haciendo ya tarde,
y no es bien que á tales horas
esté una niña en la calle.
Ea, entraos, y á cenar.
ISABEL. No nos acompañais, padre?..
FELIX. ¿Pues que en palacio esta noche
de servicio estoy, no sabes?..
ISABEL. Lo olvidé; perdon, señor.
FELIX. Yo te noto dias hace
pensativa, cabilosa...
¿Tienes acaso pesares,
ó ideas locas, mundanas,
te persiguen y combaten?
ISABEL. Nada codicio, señor.
FELIX. ¿O ya no te satisface

la ventura que reservo
á tu vida en adelante?...
Cuántas la ambicionan, cuántas!
Asi que tres meses pasen,
esposa de Jesucristo
seras ante sus altares.

ISABEL. Oh! Dios mio!

FELIX. Que, ¿suspiras?

ISABEL. Yo? Siento que tanto falte
para lograr esa dicha.

FELIX. Eres, mi Isabel, un ángel,
Mas pronto se pasa el tiempo;
y haré que todo se halle
dispuesto desde aqui á entonces;
ya el rey las Descalzas Reales
designó para tu entrada,
colmándote de bondades.
Mientras, es fuerza, hija mia,
que con rezos te prepares,
y con duras penitencias
á merecer bienes tales.

ISABEL. Asi lo haré.

FELIX. Los ayunos,
el recogimiento, valen
sin duda mucho tambien.
Cuantas gracias debes darme,
Isabel, porque te aparto
de aquese abismo insondable,
del laberinto del mundo,
donde no hay poder que baste
para evitar el contagio
que tantas víctimas hace!
No lo agradeces?

ISABEL. Yo?.. Si!

FELIX. Por eso des que empezaste
á conocer la razon,
procuré siempre inclinarte
á tan santo fin, y ya
logro el premio á mis afanes.
Con que, éntrate.

ISABEL. Buenas noches. (*Besándole la mano.*)

FELIX. Juana, que con nadie hable
desde la reja.

JUANA. Está bien.

FELIX. Y te encargo que no trates
de distraerla.--Una santa
ha de ser, como su madre. (*Váse.*)

ESCENA III.

DOÑA ISABÉL, JUANA.

JUANA. No entrais?..

ISABEL. No, deja que aquí
un instante solamente
alivie el plácido ambiente
el eterno frenesí
de mi corazon doliente!
Ay!... Que tras lá celosía
de esa ventana encumbrada,
paso así la vida mia
cual la tortola encerrada
en triste prision umbría!
Cual ella, entre gratas flores
un dia soñé inocente
el altar de mis amores,
fingiéndolos seductores
con mil halagos mi mente.
¡Que mucho, si la pasion
acrecia en torno mio
tan seductora ilusion!
Amor creia que el rio
murmuraba en blando son;
que amor cantaba posado
sobre purpurina rosa
el jilguero enamorado;
y amor el viento ambarado
allá en la tarde árdorosa!
Y encerrar este querer
aquí dentro el seno mio
¿cómo posible ha de ser?

¿No ves, Juana, perecer
la tierna flor sin rocío?...
No ves morir al instante
bajo el ligero cristal
la luz mas viva y brillante,
siendo á su muerte bastante
el trasparente fanál?..
Entonces ¿cómo mi vida
ha de ser mas duradera,
si es tal vez furiosa hoguera
por la cárcel escondida
donde lloro prisionera?...
Si, morir es mi destino
sin saber lo que es vivir;
y soñando de contino
los delicies que adivino
es, ay! mi suerte morir!
(*Oyese dentro música y zambra.*)
Esa algazara...

Juana. Serán
acaso los que festejan
la verbena de S. Juan:
ya parece que se alejan...
hácia el Manzanares ván....
Mas no, que hácia aquí se escucha
el estrépito... Aguardemos.

Isabel. No Juana, no; en casa entremos.

Juana. Ya vuestra aprension es mucha.
En oirlos ¿qué perdemos?...

(*Un coro de hombres canta con acompañamiento de bandurrias ó guitarras las dos estrofas siguientes: la primera dentro: la segunda atravesando el teatro.*)

CORO.

1.ª

Corramos!.. Corramos!
La vida gocemos;
la copa apuremos
del nectar de amor!

Que pasa cual humo
veloz la alegría;
y esta dura un dia,
y un siglo el dolor!

2.ª

Venid, que nos brindan
con varios placeres
hermosas mugeres
de ardiente mirar;
y dando al olvido
del mundo las penas,
de amor las cadenas
nos hagan gozar!

(Desaparecen: doña Isabel y Juzna salen de donde se entraron.)

ISABEL. Placeres que no sentí,
goces que solo soñé,
¿por qué, Dios mio, por qué,
solo su rumor oí,
solo su sombra alcancé?
Y cuánto ¡ay triste! yo diera
por una vez disfrutar,
de esos placeres siquiera,
para que al menos pudiera
con su recuerdo llorar!
Cuánto por ver esplendente
alguna fiesta lujosa!..
No sé si el corazon miente;
pero la sueña vehemente
tan mágica y tan hermosa!

JUANA. Pues bien, dejando el temor
ahora mismo, si quereis,
lograr tal dicha podeis...

ISABEL. De qué suerte?...

JUANA. Mi señor
en palacio, cual sabeis
esta noche ha de pasar:
y quién nos impide en el soto
ver el festivo alboroto;

quién os impide alcanzar
de nuestro deseo el voto?

ISABEL. Qué dices? Loca te has vuelto!

JUANA. Fuera escrúpulos, señora,
y disfrutemos ahora,
ya que el cielo lo ha resuelta
de esa fiesta seductora.
Vamos, sin temor ni miedo
cubríos bien con el manto.

ISABEL. ¿Por qué resistir no puedo?...
porque sin pensarlo cedo?..

JUANA. Pensad, y andemos en tanto.

(Vánse: salen por el lado opuesto doña Leonor y Mari-Perez tapadas.)

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR, MARI-PEREZ.

MARI-PEREZ. Esto me contó Gaspar.

LEONOR. Y esa dices que es la casa?..

MARI-PEREZ. Si señora.

LEONOR. Celos mios!..
Cómo atormentais mi alma!
Y qué mas dijo?..

MARI-PEREZ. Que viene
en cuanto comienza el alba
á asomar por el Oriente,
á rondar esas ventanas.

LEONOR. Traidor! Y la habló?

MARI-PEREZ. No sé,
que de eso no mentó nada
el buen Gaspar.

LEONOR. ¡Y decia
el infiel que me adoraba!
Corazon, corazon mio,
¿por qué perdiste tu calma?..
¿Por qué tu querer fijastes
en quien menos lo apreciaba?..
Y vendrá luego á jurarme

cual siempre que me idolatra!
Vendrá á decirme que soy
su bien, su luz, su esperanza:
á hacer con labio alevoso
mentidas promesas vanas!
Y es hermosa?.. Si será!
Y la querrá ¡ay desdichada!
mas que à mi? (*A Mari-Perez.*)

MARI-PEREZ. No sé.

LEONOR. Terrible,
cruel será mi venganza;
sí, sí, que él intentó solo
avasallar mi arrogancia,
y domeñar mi altivéz
para mirarme á sus plantas!
Y lo ha logrado el traidor!
No importa: yo no le amaba,
no mas que el orgullo herido
este disgusto me causa!
Amarle? ¡Vana quimera!
Y tú bien lo sabes; daba
esperanzas á su amor
débiles, ténues, escasas...
Por probarle solamente,
quise mostrar confianza
en sus juramentos; pero
amarle... no... Le adoraba!..
(*Sin poder fingir mas, y soltando el reprimido llanto.*)
Inútil es fingir mas;
si, inútil; que al fin estalla
el reprimido dolor
en el seno que le guarda!
Y era, Perez, tan galan,
tan tiernamente juraba,
que él logró rendir, él solo
mi albedrío y mi inconstancia!
El supo á mi corazon
llegar con frases tan blandas,
con tan sincero cariño
y con súplicas tan francas,
que no pude resistirle,

y le amé mas que á mi alma!
Y el inícuo me engañó,
rebozando sus palabras
con artera sencilléz!
Y yo le creí... Insensata!
Ay! cuál sufre mi altiveza
viéndose asi castigada!

MARI-PEREZ. No lloreis.

LEONOR. No, llorar no,
vengarme solo me falta;
que no perdona á un infiel
mi dignidad ultrajada.
Ven, marchémonos de aquí.

MARI-PEREZ. Alguien viene.

LEONOR. Pues aguarda
y déjalos pasar.

MARI-PEREZ. Son
dos hombres y dos tapadas.

(Se ocultan detrás de la fuente.)

ESCENA V.

Dichas, DOÑA ISABEL, JUANA, *y siguiéndolas* DON ENRIQUE *con* MENTIROLA.

ISABEL. Anda, Juana.

JUANA. Esto es correr!

ENRIQUE. Si como sois desdeñosa,
sois tanto, señora, hermosa,
ángel sereis, no muger.

LEONOR. Oiste?... Desdicha mia, *(A la Perez.)*
tu rigor colmóse en breve!
Escuchemos del aleve
la infame traicion. María.

ENRIQUE. Está la calle desierta
y nadie vernos podrá.

ISABEL. No importa, que siempre está
velando mi honor alerta. *(Hablan aparte.)*

MENTIROLA. Buena planta! Sois esquiva
vos tambien?..

JUANA. No veis que nó?..

MENTIROLA. Pues mil veces feliz yo,
ya que la suerte me priva
de dar con una dengosa.
Vamos, alhaja, desprenda
aquesas tocas y encienda
aqui una hoguera furiosa
con ese par de luceros.

JUANA. Mucho pedis.

MENTIROLA. Cómo así?
Mucho os parece?..

JUANA. Sí.

MENTIROLA. Pues es tanto pedir veros?..

JUANA. Es que estoy comprometida.

MENTIROLA. Bien podeis fiar en mi honor.

JUANA. Si no dais prenda mejor,
no me vereis en la vida.

MENTIROLA. Y por qué?

JUANA. Porque una vez
que me fié en tal embuste
de un hidalgüelo de Yuste,
tuve que acudir al juez. (*Siguen hablando.*)

ENRIQUE. Sois cruel.

ISABEL. Vos importuno

ENRIQUE. Que otorgueis perdon os pido,
si es que acaso os he ofendido.

ISABEL. Agravio no hubo ninguno.
Dios os guarde.

ENRIQUE. A vos tambien.

ISABEL. Vamos, Juana.--Loca voy.
Qué galan!

(*D. Enrique y Mentirola se retiran á un lado.*)

JUANA. Al diablo doy
tan estremado desdén.
Solo pedia miraros.
y en estos tiempos tan corta
peticion, me tiene absorta.
Y vos pudísteis negaros!

ISABEL. Ya me pesa.

JUANA. ¿Pues quereis
que le llame?...

ISABEL. Juana, no.
JUANA. Qué hemos de hacer?...
ISABEL. Que se yo!
JUANA. Ved pronto qué resolveis.
ISABEL. Bien, dile..
JUANA. Que venga aquí?.,
ISABEL. No, que se marche al momento.
JUANA, Que se marche? Pues lo siento!
Y he de decírselo?
ISABEL. Asi.
Llega, Juana.
JUANA. Voy allá.
ISABEL. Mas no le trates severa,
que á la verdad no quisiera
que se ofendiese.
JUANA. Yá, yá.
ISABEL. Cual late mi corazon!
JUANA. Caballero? *(Llegase á D. Enrique.)*
ENRIQUE. Qué mandais...?
JUANA. Dice mi ama que os vais
si quereis su estimacion.
ENRIQUE. Cruel es vuestra señora!
JUANA. Es recatada.
ENRIQUE. Lo creo;
y de ello una prueba veo
en su conducta de ahora.
Que obedezco le direis,
y que perdone la ofensa
si la hubo.
JUANA. Ni asi piensa,
y agravio en eso la haceis.
ENRIQUE. Temo yo su crueldad.
JUANA. Mal la juzgais.
ENRIQUE. Razon tengo.
JUANA. Que alguna teneis convengo.
ENRIQUE. Id con Dios.
JUANA. Con el quedad.
(Hacen que se van D. Enrique y Mentirola.)
ISABEL. Se marcha...?
JUANA. No veis que si...?
ISABEL. Tu tienes la culpa, tú!

JUANA. Yo decís...? Por Belcebú....
ISABEL. Has sido torpe! Ay de mí!
JUANA. Pues si apenas se lo dije
él timorato cedió,
he tenido culpa yo..?
ISABEL. Pues bien, tu yerro corrige.
JUANA. De que manera no sé.
He de llamarle?
ISABEL. No, necia,
que una muger que se aprecia
no es bien que ese paso dé.
JUANA. Mirad que se vá, y que son
ya preciosos los instantes.
ISABEL. ¿Para llamar los amantes
no es buena una convulsion?
JUANA. Con el item habeis dado.
ISABEL. Pues al desmayo me atengo;
pero mira, te prevengo
que no me ajeis el tocado.
Ay, ay, ay! (*Hace que se desmaya.*)
JUANA. Válgame Dios!
¿No hay quien socorra á una dama...?
MENTIROLA. Ved, señor, que ya os llama.
ISABEL. No viene...? (*Bajo á Juana.*)
JUANA. Vienen los dos. (*Id.*)
ENRIQUE. Qué ocurre...?
JUANA. Que un parasismo
horroroso á mi señora
le acaba de dar ahora.
MENTIROLA. Bueno será un sinapismo.

(*D. Enrique y Mentirola empapan un pañuelo en agua de la fuente, y rocian el rostro á doña Isabel.*)

ISABEL. Que esta rosa no se chafe. (*Bajo á Juana.*)
ENRIQUE. Rara dolencia!
MENTIROLA. No es tal,
pues no hay dama principal,
que no tenga este alifafe.
ENRIQUE. Llega hacia aqui ese farol.

(*Saca Mentirola una linterna que llevaba bajo la capa.*)

Descubridla; el aire es bueno.
JUANA. Temo le dañe el sereno....

ENRIQUE. Ciego me dejó ese sol!
Qué hermosa!
MENTIROLA. Tan bella es...?
ENRIQUE. No la miras...?
MENTIROLA. Veo poco.
ENRIQUE. Tal dices, villano, loco...?
Como deslumbra no vés...?
MENTIROLA. Presumo que ese fulgor
que así os inflama y enciende,
en vez de alumbrarme, tiende
tinieblas en mi redor.
ISABEL. Ay de mí!
JUANA. Por fin ya vuelve.
ENRIQUE. Qué beldad tan seductora!
JUANA. Señora....
ISABEL. Ay de mí!
ENRIQUE. Señora!
MENTIROLA. A volver no se resuelve.
ISABEL. Donde estoy...?
ENRIQUE. No temais nada.
Como os sentís...?
ISABEL. Ya mejor.
ENRIQUE. Perdonad si fui traidor
á lo ofrecido.
ISABEL. Obligada.
me dejais á tal merced.
ENRIQUE. Fué deuda de caballero.
ISABEL. Yo agradecerosla quiero? (*Le dá una flor.*)
MENTIROLA. Y me olvida vuesarced.:.
ISABEL. No tal: tomad. (*Dándole una moneda.*)
MENTIROLA. Gracias mli,
señora. Oh! plata! Es estraño!
Mejor distingo que antaño
hora su talle gentil.
ENRIQUE. Como pagaros jamás
tan delicada fineza!
Ah! No mostreis altiveza
ni fiero rigor ya mas!
Si al través de nube oscura
ese sol adiviné,
pues que fulgente se vé,

no empañeis, no, su luz pura.
Quién miraros sin amar
ha de poder un momento?
Perdonad mi atrevimiento,
que es de hermosas perdonar.
Me disteis en esta flor
rico y preciado tesoro,
que recuerde á la que adoro
ya que no puede su amor.
Aqui siempre colocada.
sentirá del corazon
la enardecida pasion,
ó su esperanza burlada.
Quizá este fuego vehemente
hoy matará su hermosura;
tal vez su gala y frescura
perderá en mi seno ardiente.
Mas que importa...? Ella ha de ser
recuerdo, si vos me amais;
y si mi fé despreciais
memoria de padecer.
No rigor mas, que es hermosa
el alba riendo al dia,
y es mas bella trás la fria
noche de invierno nublosa.
No mas altivo desden
impropio manche esa frente;
que al menos si amor no siente
retrata al amor tan bien!

ISABEL. Con tal destreza pintais
esa pasion, que cualquiera
creyese que es verdadera.

ENRIQUE. Y acaso vos lo dudais...?

ISABEL. No sé, que nunca hasta ahora
turbaron mis pensamientos
enamorados acentos
con su mágia seductora.
Mas si nada sé por mí
de galanteos y amores,
que son los hombres traidores
y falsos, siempre lo oí. (*Hablan aparte.*)

MENTIROLA. No mas se ostente severo
tu rostro, pues te aseguro
y te protesto y te juro.
que es mi afecto verdadero.
Al verte siento un afan,
y el corazon se alboroza....
pues eres tan buena moza
como yo bello galan.
Vamos, basta y acabemos
con tantos dengues. Mugeres,
todas sois asi! ¿Me quieres?

JUANA. Te quiero! (*Suspirando.*)

MENTIROLA. Ay..! Ya nos queremos! (*Id.*)
Y cual es tu nombre..?

JUANA. Juana.
Cual el tuyo..?

MENTIROLA. Mentirola;
mas ni una mentira sola
de decir me dá la gana,
por desmentir á la suerte
que asi llamarme le plugo;
y aun por pena de verdugo
diré verdad hasta la muerte.
Y escuche, ¿si algunos ratos
quiero platicar con ella...?

JUANA. Mire mi ventana. (*Señalando á una muy alta.*)

MENTIROLA. Aquella..?
En compañero de gatos
me vá á convertir tu amor.

ISABÉL. Separarnos es forzoso,
pues si os viera algun curioso
perdiese quizás mi honor.

ENRIQUE. Y cuando hablaros podré..?

ISABEL. Mirad mi reja.

ENRIQUE. No es falta,
por Dios, que se halle tan alta,
que allí una estrella veré.
Sin vos la vida es morir! (*Besándola la mano.*)

ISABÉL. (Ay si me olvidará luego!)

ENRIQUE. (Mi fuego sintió otro fuego!)
ISABEL. (Hoy he empezado á existir!)

(Juana y Mentirola han imitado la despedida de sus señores, y se separan con ridículos ademanes.)

ESCENA VI.

Dichos, menos DOÑA ISABEL Y JUANA.

ENRIQUE. Ah! Qué sencilla! Qué hermosa!
MENTIROLA. De veras os ha prendado...?
ENRIQUE. Loco estoy!
MENTIROLA. Y renunciais
á doña Leonor por tanto...?
ENRIQUE. Qué es renunciar..? Tu bien sabes
que á ella no mas idolatro,
que á ella sola eternamente
mi fé, mi afecto consagro:
pero hoy lejos, de aplacar
mis tristezas asi trato.
MENTIROLA. Buen modo!
ENRIQUE. Ni sus rigores,
ni su caracter estraño,
disminuir mi cariño
ni un solo punto lograron;
aunque eclipsado ese sol,
de tan viva luz lejano,
en la noche tenebrosa
me consuelo con soñarlo.
Además, son mi disgusto
y mis pesares tamaños,
que ignoro hasta si respiro,
y aburrido y despechado,
si á alguna mi amor le juro
no se á fé ni lo que hago.
MENTIROLA. Recuerdame esa espresion
un cuento, que he de narraros
si me otorgais el permiso.
ENRIQUE. Dilo, por si me distraigo.
MENTIROLA. Vivia en no sé qué pueblo

cierto matrimonio honrado,
en paz y santa concordia
¡cosa estraña! muchos años;
hasta que á la esposa un dia
le dió un soponcio-pilato,
y murióse de allí á poco
viudo al esposo dejando.
Mesóse aquel los cabellos;
gimió, recorrió los campos
dando gritos y alaridos
que á las bestias asustaron;
y despues se escabulló
sin saber como ni cuando,
dejando en mortal zozobra
asi á amigos como á estraños.
Buscáronle en todas partes,
y la casa registraron,
recorriendo con afan
hasta el pesebre y establo.
Uno decia: «Oh dolor!
«La muerte se diera acaso!
«A la noria se arrojó!
Otro: «Cariño estremado!»
Y á coro, ejemplo de esposos
las mugeres le llamaron.
Mas quiso el diablo que á poco
atravesando un muchacho
(que son el diablo los chicos,)
un pasadizo estraviado,
oyése la voz del viudo,
que á fé no estaba llorando.
Corrió entonces á avisar
á los deudos, que azorados
veloces como gacelas
dieron todos en el cuarto.
Y que perspectiva. ¡Oh Dios!
sorprendidos contemplaron!
Al viudo, al infeliz viudo
doliente y desmelenado
haciendo á su Mari-tornes
tiernísimos arrumacos.

Todos al ver tal desmán
con injurias le ultrajaron;
y los laudes y alabanzas
convirtieronse en escarnio!
Mas él, haciendo pucheros,
soltára á llorar el trapo,
diciendo: «Si es tal mi pena
que ni sé lo que me hago!»
Asi sois vos, que afligido
hallandoos separado
de la dama á quien servís,
andais de noche buscando,
sin saber como ni á qué,
algun pensamiento grato
que amengüe vuestro dolor
y os solace algunos ratos.

ENRIQUE. Donoso es el cuento á fé;
¿mas que quieres,..? Asi calmo
la inquietud que me devora,
los celos en que me abraso.
Por qué, dí, Leonor partió?
Tan solo un capricho vano
fué causa de su viage.

MENTIROLA. A su salud necesario
os dijo que era.

ENRIQUE. Pretesto;
¿por qué me negó el ansiado
permiso de acompañarla
todo ese tiempo en el campo...?
Tan ingrata, tan esquiva
y con todo, la amo tanto!

MENTIROLA. Mirad que luz allá arriba
me parece que asomaron.

ENRIQUE. Será sin duda Isabel.

MENTIROLA. O Juana.

ENRIQUE. Lleguemos.

MENTIROLA. Vamos.

(Vánse hácia el fondo, y miran á las ventanas de doña Isabel donde con efecto se vé luz. Doña Leonor y la dueña salen de su escondite.)

LEONOR. Escuchastes al traidor...?

¿oiste dí, sus engaños?

MARI-PEREZ. Hombres..! Todos son así!
Por ellos no me he casado!

LEONOR. Amor dice..? Miente, miente!
Cuanto tarda el castigarlo!

MARI-PEREZ. Y de qué modo...?

LEONOR. Con celos,
con desaires señalados
á su orgullo, que son esas
las armas que hacen mas daño.

MARI-PEREZ. Pero tratad ya, señora,
de calmar ese arrebato,
que es muy tarde, y tiempo ya
de que hácia casa volvamos.

LEONOR. Y ha de pasar una noche
sin vengar su desacato?
Y he de consentir que él goce
mientras esté yo penando?
Oh! cuanto sufrí, María,
oyendo por tal espacio,
ya palabras amorosas;
ya juramentos livianos!
Mas prometo por mi vida
que han de costarle muy caro.
si mentiras, sus mentiras,
si verdades, mis agravios!

ESCENA VII.

Dichos, EL PRINCIPE Y DON JUAN.

(*Salen rebozados por la derecha: Mari-Perez pugna en vano por llevarse á doña Leonor, que clava la vista en D. Enrique parado bajo las ventanas de doña Isabel.*)

PRINCIPE. Hácia el soto nos iremos,
que es berbena de S. Juan,
y á las hermosas que van
allá, siquiera veremos.
Y dices que al fin volvió
doña Leonor esta tarde...?

De hallarla se me hace tarde
que esclavo suyo soy yo.
Oh...! si tuviese un rival...!

JUAN. Tanto la amais...?

PRINCIPE. Con esceso;
y en contemplar me embeleso
su belleza sin igual.
¿Cómo podria el rigor
amenguar con que me trata,
y hacer que menos ingrata
premiase por fin mi amor...?

JUAN. No sé; que todos aclaman
al lado de su belleza,
su virtud y su pureza,
que orgullo y vanidad llaman.

PRINCIPE. Mas yo, D. Juan, que no soy
uno de tantos, pudiera
ser que quizás consiguiera
gozar sus favores hoy.

JUAN. Es Leonor muy recatada,
y de su altivez blasona
tanto, que ni una corona
alcanzará de ella nada.

(*Andando desde que han salido, van acercándose hácia doña Leonor, que no se cura de ocultar el rostro con el manto.*)

MARI-PEREZ. Ya lo veis; quietos allí
no dan de moverse indicio:
harto duró el sacrificio....
No nos marcharemos...?

LEONOR. Si,
que solas tarde las dos,
y en noche tal de placeres....

(*Andan hácia donde están el Príncipe y D. Juan, á tiempo que estos se dirigen hácia ellas: encuentránse y conocénse.*)

PRINCIPE. Allí miro dos mugeres....

LEONOR. Qué veo!

PRINCIPE. Es ella!

LEONOR. Gran Dios! (*Queriendo taparse.*)

PRINCIPE. Por esa luz atraido

que despiden vuestros ojos,
llego á daros por despojos
este corazon herido.

LEONOR. Príncipe...

PRINCIPE. Dichoso fuí
ya con veros, que demente
estando de vos ausente,
hallar mi muerte creí.
(*Siguen hablando aparte.*)

MENTIROLA. Nadie parece, señor,
y pues que dieron las diez,
juzgo que por esta vez
marcharnos es lo mejor.

ENRIQUE. Dices bien; ¿mas no reparas
allí alguno?

MENTIROLA. Si que veo,
y damas son segun creo.
aun sin mirarles las caras.

ENRIQUE. Damas y á tal hora? A fé
que de hallarlas no me pesa.

MENTIROLA. Cómo! otra aun? Oh sorpresa!

ENRIQUE. De que te admiras no sé. (*Acércanse un poco.*)

MARI-PEREZ. Ved que se acerca, señora, (*A media voz.*)
á este sitio D. Enrique.

LEONOR. No importa.

MARI-PEREZ. Acaso en despique
celos quereis darle ahora?..

LEONOR. Si quiero; por mi venganza.
y por castigar su ultrage.

ENRIQUE. Ni aun á distinguir el traje (*Acercándose mas.*)
con la oscuridad se alcanza.
Traes el farol?..

MENTIROLA. Cubierto
con la capa.

ENRIQUE. Pues veamos
si conocerlas logramos.

MENTIROLA. Que no están solas advierto.

ENRIQUE. Segun parece hay dos hombres
con ellas; pero curioso
sino las hablo amoroso,

he de verlas, no te asombres.

ESCENA VIII.

Dichos, DOÑA ISABEL *y* JUANA *en la reja.*

ISABEL. Es aquel?...
JUANA. Juzgo que sí.
ISABEL. Y no hay allí dos tapadas?.
JUANA. Si á fé.
ISABEL. Sin duda engañadas
Juana fuimos... ay de mi!
LEONOR. A casa es volver forzoso, *(Al Príncipe.)*
y acompañarme os permito.
PRINCIPE. Cuando, saber necesito,
si he de ser ó no dichoso.
LEONOR. Mañana á la noche, ireis
á mi jardin, que os prometo
escucharos; mas discreto
á ninguno lo direis.
ENRIQUE. El farol llega hácia acá, *(A Mentirola.)*
y alumbra, aunque con cuidado.
MENTIROLA. Pongámonos á este lado.
LEONOR. Luz traen! Oh!..

(Vuelve Mentirola la linterna y alumbra á los cuatro personages: doña Leonor finge asustarse y dá un grito, volviendo la cara á D. Enrique, que se queda petrificado: la dueña y Mentirola se sorprenden tambien : ligera pausa , al cabo de la cual desaparece doña Leonor presurosa seguida del Príncipe y D. Juan, á los que no pudo conocer D. Enrique.)

ENRIQUE. Ah!
MARI-PEREZ. Oh!
MENTIROLA. Ah!
LEONOR. Sufra él tambien, como yo,
sufra el dogal de los celos! *(Vase.)*
ENRIQUE. Que es esto que he visto, cielos?
ISABEL. Ay de mi, si me engañó!

(Este juego escénico debe ser rápido y muy breve.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin en casa de doña Leonor.--Tápia en el fondo, con puerta; por encima de ella se ven los balcones y ventanas de la calle.--Es de noche.

ESCENA I.

MARI-PEREZ, INES.

Mari-Perez sale por un lado: Inés por otro, y van dando hácia el centro sin verse, hasta que se tropiezan.

INES. Sonaron las nueve ya;
con que hagamos centinela
para llevar el aviso
á doña Ana, en cuanto él venga.

MARI-PEREZ. ¡Válgate Dios, por caprichos!
Que doña Leonor discreta,
tanto como recatada.
desee dar con su alteza
celos al hombre que quiere!
Hola! Inesilla!

INES. (*Aparte.*) La dueña!

MARI-PEREZ. ¿Qué buscas á tales horas
por acá?

INES. Y.., qué busca ella?

MARI-PEREZ. Yo? El fresco.

INES. Pues yo lo mismo,
que hoy picó el calor de veras.
¿Y vos lo sentís tambien
aun en vuestra edad provecta?

MARI-PEREZ. De eso te admiras? Si somos
muy calorosas las viejas!
Vaya, dímelo, Inesilla;
tú estarás aqui de espera
aguardando á algun galan,
que haciendo quizás la seña
desde lejos, al llegar
hallará la puerta abierta.

INES. Y vos tambien, Mari-Perez,
tal vez con ingual cautela
vinisteis... pues... de atalaya
á esperar... á quien Dios quiera.

MARI-PEREZ. Yo? Qué dices?.. Mira que eres
muy maliciosa y traviesa!
¿Hacer yo tales papeles,
servir en fin de tercera
aunque fuese al mismo rey?
Mal me conoces si piensas...
(Las nueve ya, y la maldita (*Aparte.*)
sin moverse... quieta, quieta!

INES Pues os repito lo propio;
aunque fuese por la reina
no haria yo lo que tantas...
soy pobre, pero soberbia!
Linda broma se armará (*Aparte*)
si aqui con D. Juan tropieza!

MARI-PEREZ. Y tú señora?

INES. En su cuarto.
Y la vuestra?

MARI-PEREZ. A pierna suelta
duerme há rato.

INES. Tempranito!
Madruga?

MARI-PEREZ. Si; irá á la iglesia
por la mañana á las cinco.

INES. Ya no me causa sorpresa.

MARI-PEREZ. Ah! ah! ah! (*Bostezando.*)

INES. Qué, bostezais?

MARI-PEREZ. Ay! Los ojos se me cierran
de sueño!

INES. Pues recojeros.

	Ah! ah! ah! (*Bostezando.*)
MARI-PEREZ.	Tambien bostezas?
	Vaya, acuéstate, hija mia.
INES.	Si... cuando vos. Estoy muerta
	de cansancio y de fatiga!
MARI-PEREZ.	Con que hasta mañana, perla. (*Viendo que no entra en la casa.*)
INES.	Adonde vais?
MARI-PEREZ.	A correr
	los cerrojos de la puerta.
	Y tú por ahí?.. (*Lo mismo que antes.*)
INES.	A... á mirar
	si está el perro en la perrera.
MARI-PEREZ.	Buenas noches, Inesilla!
INES.	Que con sosiego se duerma.
MARI-PEREZ.	Gracias. Adios... Ya se fué!

(*Las dos hacen que se marchan, se detienen un rato en los estremos del teatro, y vuelven por fin al proscenio.*)

INES.	Se fué ya!
MARI-PEREZ.	(*Viéndola.*) Qué buscas?
INES.	(*Aparte.*) Ella
	otra vez! (*Alto.*) Busco... una liga
	que perdí en esta alameda.
	Y vos?
MARI-PEREZ.	Una medallita
	de plata, de Santa Tecla,
	que se cayó del rosario.
INES.	Parece ya? Habrá embustera! (*Aparte.*)
MARI-PEREZ.	No! No! Como está la noche (*Las dos hacen que buscan.*)
	tan oscura! Y tú, la encuentras?
INES.	Tampoco. Será preciso
	ir por luz...
MARI-PEREZ.	Si tu quisieras
	sacarla!..
INES.	Soy tan medrosa,
	lo confieso, en las tinieblas!
MARI-PEREZ.	Ay de mi! Pues yo me hé dado
	ahora un golpe en esta pierna!
	Hay muchacha mas taimada? (*Aparte.*)
INES.	Hay vieja mas marrullera? (*Idem.*)

MARI-PEREZ. Dejémoslo hasta mañana.
INES. Es lo mejor.
MARI-PEREZ. Que muy buena
la pases, cara Inesilla.
INES. Gracias; que el golpe no duela;
y si acaso, unos pañitos
con aguardiente. Es receta
de un cirujano famoso.
MARI-PEREZ. Y que se agradece!... (*aparte.*) Pécora!
INES. (*Aparte.*) Y no se mueve!.. Maldita!
MARI-PEREZ. (*Idem.*) Y se detiene! perversa!
INES. (*Idem.*) Vá á toparse con D. Juan!..
MARI-PEREZ. (*Idem.*) Vá á tropezar con su alteza!

ESCENA II.

Dichas, LEONOR.

LEONOR. Mari-Perez?
MARI-PEREZ. (*Aparte.*) Mi señora!
Cayóse la casa acuestas!
LEONOR. No estás sola?
MARI-PEREZ. No: es Inés... (*Bajo.*)
LEONOR. De mi hermana la doncella?
Qué quiere?
MARI-PEREZ. Lo que nosotras, (*Bajo.*)
ó mienten las apariencias.
INES. Que tál! La que ya dormia (*Aparte.*)
el sueño de la inocencia!
Hola! ¿Pues no me dijisteis (*Bajo á Maria.*)
que há tiempo se recojiera?..
MARI-PEREZ. Es que padece sofocos,
y viene á ver si la fresca
la aliviá...
INES. No ha de aliviarse?
Sin duda aguarda á Villegas, (*Aparte.*)
y ván á hallarse aqui todos!
No se armará mala gresca!
Yo lo avisaré á doña Ana,
por que su merced resuelva...

LEONOR. Como! Inés ¿tú por aquí?
INES. Vine á charlar con la dueña...
LEONOR. Y ¿qué hace mi hermana?
INES. Duerme
la pobre como una piedra!
LEONOR. Y tú ¿porqué no la imitas?
INES. Ya me voy.
LEONOR. Anda, anda apriesa.
INES. Que os alivieis, señora.
LEONOR. Aliviarme? Si estoy buena!
MARI-PEREZ. Me dejó como una mona! (*Aparte.*)
INES. Mari-Perez...
MARI-PEREZ. Jú! Jú! Jú! (*Tosiendo.*)
INES. Me dijo...
MARI-PEREZ. Jú! Jú!
INES. Cuidado
con ahogarse! Hay tós mas fiera!
MARI-PEREZ. Jú! Jú! Jú!
INES. Que os sentiais
esta noche algo indispuesta!
LEONOR. Pues se engañó!
INES. Lo celebro!
Sois embrollona de veras! (*Al marcharse á Mari-Perez.*)

ESCENA III.

DOÑA LEONOR MARI-PEREZ.

MARI-PEREZ. Me ha requemado la sangre
con su sorna la Inesilla! (*Aparte.*)
LEONOR. ¿Con que sospechas que tiene
doña Ana tambien intriga?
MARI-PEREZ. Si señora; lo sospecho;
y sin duda de vigía
mando estar á su doncella.
Y lo que sabe la chica!
LEONOR. Y tú ¿quien la galantea,
quien la sirve, no imaginas?
MARI-PEREZ. Si he de deciros verdad,

estoy cierta, segurísima
de que es D. Juan de Alvarado,
el favorito, el que inspira
tanto cariño á su alteza...

LEONOR. Todavía?

MARI-PEREZ. Todavía!
Como vos le deshauciaisteis...

LEONOR. Era mi hermana muy niña
para pensar en casarse;
y es desvergüenza inaudita
recibir á un hombre aquí
sola y de noche, María... *(Cambiando de tono.)*
Por que si yo hago otro tanto
las circunstancias varían;
primero, soy la mayor;
hago luego que presidas
nuestras conferencias tú...

MARI-PEREZ. Si... las presido... *(Aparte.)* Dormida:

LEONOR. En fin, yo he de poner término
ahora mismo á esta perfidia!

MARI-PEREZ. Y obrareis muy cuerdamente.

LEONOR. Ni es que yo tenga manía
á D. Juan; que es caballero
galán, rico, de familia
muy ilustre... Mas no quiero
que se case tan de prisa
doña Ana.

MARI-PEREZ. Teneis razon!

LEONOR. Y toda la astucia mia
dispusiste cual te dije?

MARI-PEREZ. Si señora; la cartita
á D. Enrique mandé,
dándole en ella noticia
de que esta noche teneis
en el jardin otra cita.

LEONOR. El no conoce tu letra...

MARI-PEREZ. Y luego, no puse firma.
Pero ¿y qué intentais hacer?

LEONOR. De veras no lo adivinas?
Darle celos con el Príncipe.

MARI-PEREZ. Mas os esponeis vos misma

á perder vuestra opinion.

LEONOR. No, te engañás: convenia
que yo hablase con su alteza,
para hacerle que desista
de sus locas pretensiones;
pues ya me comprometia
con públicos galanteos.
Asi pues, con su venida
alcanzaré un doble objeto:
el impedir que prosiga
alimentando esperanzas
á mi recato ofensivas;
y que sufra D. Enrique
la tortura, la agonía
que me hizo sufrir ayer!
Al fin, y cuando en su ira
me haya gozado, quizás
le perdone compasiva,
justificando á sus ojos
mi proceder en seguida.

MARI-PEREZ. Y no os casareis, señora?

LEONOR. Forzoso es que me decida.

MARI-PEREZ. Pronto?

LEONOR. Muy pronto, que le amo,
Perez, con idolatría.

ESCENA IV.

Dichas, DOÑA ANA *é* INES *recatándose*.

INES. Tal vez se marcharon ya.

ANA. La noche está muy oscura,
y no se divisa nada.
No quiera Dios que descubra
nuestra entrevista inocente.

INES. Es aprension como suya
pudiendo hablarle de dia,
dar una cita nocturna
en este sitio á su amante...

LEONOR. Parece que allí murmuran...

Mari-perez.	Son los pájaros, que andan revolando en la espesura.
Ana.	Ay Inés! No sé la causa, pero el corazon me anuncia alguna horrible desgracia!
Ines.	Qué bobadas! Qué locuras!
Ana.	¿Porqué tardará mi bien tanto esta noche?
Ines.	Sin duda que le detiene Su Alteza mas acaso que acostumbra.
Leonor.	Repito no me equivoco: son voces las que murmuran... y te engañaste; no pájaros, pájaras son... las escuchas?
Ana.	Allí dos bultos se vén: será mi hermana?
Ines.	Y la bruja de Mari-Perez quizás. El infierno las confunda!
Ana.	Hácia aquí vienen.
Ines.	Huyamos!
Ana.	Ya no es tiempo de que huya. Mas válgame el fingimiento!
Leonor.	Es mi hermanita, que busca (*á Mari-Perez.*) á D. Juan.
Ana.	(*Apoyándose en el brazo de Inés.*) Ay! ay!
Leonor.	(*Imitándola en todo.*) Solloza? Pues imitemos su astucia! Ay! ay! ay..!
Mari-perez.	Venid, señora.
Leonor.	Es muy terrible mi angustia!
Ana.	No, no hay remedio; es preciso que á tanto dolor sucumba!
Mari-perez.	Quién se queja por ahí?
Ines.	Y por ahí ¿quién quejumbra?
Mari-perez.	Es mi señora, que tiene una jaqueca que asusta.
Ines.	Pues no creo sin embargo que como doña Aua sufra.
Mari-perez.	Y el qué es?

INES. Unos dolores
espantosos en las uñas.
MARI-PEREZ. Raro mal!
INES. No lo es por cierto;
se los cogió en la abertura
de una puerta...
MARI-PEREZ. Qué desgracia..,!
ANA. Leonor!
LEONOR. Ana...!
ANA. ¿Me disculpas
que baje sin tu licencia
aquí, buscando frescura?
LEONOR. ¿No he de hacerlo, cuando yo
incurro en la misma culpa?
ANA. Con qué estas mala?
LEONOR. Muriéndome!
Y tú?
ANA. Yo casi difunta!
LEONOR. Pero haces mal en dejar
el lecho con tal premura.
ANA. Y tu tampoco debiste
esponerte á que las brumas
de la noche, encrudeciesen
tu dolencia, ya tan cruda.
Lo mejor será mandar
que vayan de parte tuya
á traer á cualquier médico.
LEONOR. Por ti es precaucion muy justa.
ANA. No, por ti.
LEONOR. Vuelve á acostarte.
ANA. Si ejemplo no me dás, nunca.
LEONOR. No, yo no. El aire me alivia!
ANA. Y á mi la brisa me cura!
LEONOR. Pues quedémonos entrambas.
ANA. Es mucha maldad la suya! *(á Inés.)*
LEONOR. Es forzoso á toda costa *(Ap. á Maria.)*
ver ya quien de las dos triunfa!
Tenias razon, hermana; *(á doña Ana.)*
tal vez es mejor que suba
contigo hasta mi aposento.
ANA. Celebro que tanto influya

mi consejo en tí. Leonor.

LEONOR. Con que, vámonos si gustas.

ANA. Sostenme, Inés, que me caigo!

LEONOR. María, ven en mi ayuda!

ANA. En cuanto esté arriba, bajo. *(Aparte.)*

LEONOR. La encierro, y bajo segura. *(Id.)*

(Vánse las cuatro.)

ESCENA V.

EL PRINCIPE, DON JUAN.

(Asi que se entran las otras, aparecen los dos embozados, empujando la puerta que está entornada.)

PRINCIPE. A nadie se distingue: que llegamos,
D. Juan, aun muy temprano me imagino;
mas estaba impaciente, lo confieso
de admirar ese rostro peregrino.

JUAN. La amais de veras Príncipe?

PRINCIPE. Lo ignoro;
aunque puedo decirte que irritado
con sus rigores y desdenes siempre,
diera por ella mi mejor estado.

JUAN. Es que aun solo encontrara vuestra Alteza
fáciles y livianas hermosuras;
y al ver que hay quien resiste un dia y otro
se aumentan del deseo las torturas.

PRINCIPE. Pues ¿habrá dama que desprecie acaso
el amor que la ofrezco? Oh maravilla!

JUAN. Es lauro ese cariño que deshonra;
honor que no enaltece, que mancilla.

PRINCIPE. Acaso dices bien, lo reconozco;
pero si mi pasion ahogar intento,
el fuego que me abrasa y me consume
brota en el corazon aun mas violento!
Ella, y de gloria inmarcesible, eterna,
el mágico laurel para mi frente
es, amigo don Juan, lo que yo anhelo,
lo que codicio con afan ardiente.

Guerrero no nací; mas de poeta
el timbre el alma mia asi ambiciona,
que el cetro de dos mundos trocaría
de Calderon por la inmortal corona.
Yo quiero en mi reinado ya inminente
difundir de las letras el tesoro;
y que llame la historia á nuestro siglo,
de la bella poesía la edad de oro.
Lope y Quevedo, y Tirso con Moreto,
y el principe de todos, CALDERON,
serán orgullo de su patria siempre,
como ellos solos mi esperanza son.

JUAN. Y ¿no seguís ya, principe, las huellas
de los ingenios que la Europa admira?
¿No volais asimismo hácia el Parnaso
al grato son de vuestra dulce lira?

PRINCIPE. Mas ay! yo que en el mundo soy gigante
soy á su lado un mísero pigmeo;
y la aureola que en mis sienes brilla
no es en verdad aquella que deseo.
Mas sábelo, D. Juan; una comedia
escribo...

JUAN. Señor ¿vos?

PRINCIPE. Probar ansío
si con nombre supuesto, arrancar logro
un victor, un laurel al pueblo mio.

JUAN. Y qué título dais á vuestra obra?

PRINCIPE. Aun no lo sé; porque, óyeme, he intentado
en ella bosquejar á la que adoro,
y en fin, hasta yo mismo me he pintado!

JUAN. Y daréisla á la estámpa y á la escena?

PRINCIPE. Por ventura te asombras? Ciertamente!
«Comedia de un ingenio de esta corte»...
Asi tal vez la anuncie solamente!

ESCENA VI.

Dichos, DOÑA LEONOR, MARI-PEREZ.

LEONOR. Allí están...

PRINCIPE. Ellas son! Márchate al punto,
y rondando, don Juan, aguarda afuera.
JUAN. Obedezco. (*Vase.*)
LEONOR. Maria, no te alejes: (*ap. á Mari-*
que me juzgara sola no quisiera. *Perez.*)
Príncipe... (*Adelantándose.*)
PRINCIPE. Gracias mil, Leonor hermosa,
por venir á templar del alma mia
la horrible pena y el dolor inmenso
que lejano de vos yo padecía!
Que es mi cariño solo comparable
de vuestra ingratitud á la grandeza;
y aun acrecerse mas lo siento ahora
cuando aquella á menguar sin duda empieza.
LEONOR. Oh! No, Príncipe, no! Vanos delirios
no halaguen seductores vuestra mente;
yo no puedo ser nunca vuestra esposa...
vuestra dama... mi honor no lo consiente!
PRINCIPE. Ah! Cuando el corazon veloz latía,
de júbilo, de dicha y de esperanza,
nuevos rigores y desdenes nuevos
el premio son que su ternura alcanza!
LEONOR. ¡Ay de aquella, señor, que por el brillo
atraida quizás de una diadema,
cual mariposa por la luz brillante,
en la otra luz tambien sus alas quema!
¡Ay, de aquella que olvida que en el mundo
es lo mas la virtud de que blasona;
y á impulsos del orgullo, en un momento
pierde tal vez su virginal corona!
PRINCIPE. Salid del alma ya, salid ligeras
mágicas y perdidas ilusiones;
que si un instante pude acariciaros
hoy me dejais de luto los crespones!
Me aborreceis, Leonor! Bien lo conozco!
LEONOR. Aborreceros yo?
PRINCIPE. Pero ¿qué fuera
indispensable hacer para agradaros?
Saber lo que me falta yo quisiera!
LEONOR. Nada os falta, nada: sois discreto,
generoso, galan... y á mas valiente;

para no amaros yo, os sobra el cetro...
os sobra la corona solamente!
Si príncipe no fuéseis, yo podría
con amor vuestro amor recompensaros;
mas la púrpura régia que os adorna,
es obstáculo eterno para amaros!

PRINCIPE. Y por esto no mas cita me dísteis?

LEONOR. No señor; que tambien pediros quiero
una merced, que hareis, si antes que príncipe,
os gloriais de cumplido caballero.

PRINCIPE. Hablad; sin saber cual, yo os la otorgo!

LEONOR. Pues bien, empieza el vulgo sus consejas
á murmurar, porque de noche os mira
centinela perenne de mis rejas...

PRINCIPE. Vuestra intencion conozco y adivino;
vais á exigir un sacrificio nuevo!..

LEONOR. Vuestra palabra dísteis; recordadlo!

PRINCIPE. Cumplir entonces mi palabra debo!

LEONOR. (*ap.*) Detenerle ya mas no me es posible
sin mengua de mi honor!

PRINCIPE. Adios, señora.

LEONOR. Y Villegas no viene!... (*Aparte. Al mismo tiempo se entreabre la puerta del jardin, y aparece don Enrique.*)

MARI-PEREZ. (*Viéndole, á doña Leonor.*) D. Enrique!

LEONOR. Ah! No hay duda! Si; es él! Llega á buen
hora!) (*Aparte.*)

PRINCIPE. Pero antes de ausentarme, Leonor bella,
¿no otorgareis un premio soberano
á quien amándoos ciego, se resigna...?

LEONOR. Un premio? Y cuál?

PRINCIPE. Tan solo vuestra mano!
(*Tomándola una mano.*)

ESCENA VII.

Dichos, DON ENRIQUE.

ENRIQUE. (*Ap.*) Qué escucho, cielos?

PRINCIPE. Y dejad que estampe

un ósculo de amor por vez primera... (*se la*
Cómo? Y la retirais? Os ha quemado? *besa.*)
Juzgad entonces cuál será la hoguera
que me consume, cuando hasta los lábios
llega su fuego, abrasador, violento!...

ENRIQUE. No sufro mas! Defiéndete alevoso!
Tu vida necesito en el momento!

(*D. Enrique le acomete; el príncipe se defiende retirándose.*)

LEONOR. Tente, Enrique, por Dios!

ENRIQUE. No escucho nada!

MARI-PEREZ. Ved lo que vais á hacer!

ENRIQUE. He de matarle,
y á tí despues, traidora!--Buena espada!

LEONOR. Enrique!

ENRIQUE. Déjame!

MARI-PEREZ. (*Gritando.*) Señor! Socorro!!

LEONOR. Es su Alteza! Es el príncipe de Asturias!

Al oir esto, suelta D. Enrique el acero y se arrodilla delante del principe.)

ENRIQUE. Ah! Qué oí?--Perdonad--Ya no me resta
siquiera la venganza à mis injurias! (*Ap.*)

PRINCIPE. Levantad! Os perdono, porque he visto
que estais celoso... y por que sois valiente!
Pero antes de abrigar torpes sospechas,
sed otra vez mas cauto y mas prudente.
(*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR, DON ENRIQUE, MARI-PEREZ.

ENRIQUE. ¡Consejos su alteza
me dá aun... vive Dios!..

LEONOR. Y que ¿por ventura
le falta razón?

ENRIQUE. ¿Quién ha visto nunca
descaro mayor?
¿Con que no me quejo
con justicia yo?

LEONOR. Bien dicen que siempre
levanta la voz,
aquel justamente
que es más pecador!

ENRIQUE. Eso, no lo dudo,
lo decis por vos!

LEONOR. A vos os lo aplico.

ENRIQUE. A mi?

LEONOR. Sí!

ENRIQUE. No!

LEONOR. ¿No?
¿Quién, pues, el ejemplo
me dá de traicion?
¿Quién sino él perjuro
ha sido y es?...

ENRIQUE. Oh!
Si velo ó si sueño
dudando aun estoy!
Cuando os encuentro
en conversacion
con su alteza mismo
en el jardin hoy,
quereis todavía...?

LEONOR. Y decid ¿no os vió
nadie ayer rondando
la calle Mayor?
¿No hubo quien oyese
de vuestra aficion
los votos ardientes,
las protestas, los...?

ENRIQUE. Y ahora respondedme:
á qué no faltó
quien haciendo inutil
vuestra precaucion,
pudo sorprenderos,
¡ah ingrata Leonor!
en el lugar mismo
donde á mi me halló?

LEONOR. ¿Con que amais á otra?

ENRIQUE. ¿Con que teneis dos?

LEONOR. ¿Con que vil mentira

fué vuestra pasion?

ENRIQUE. ¿Con que os burlabais
al jurarme amor?

LEONOR. ¡Ay de la que fé
por desgracia dió
á frases mentidas
de un engañador!

ENRIQUE. ¡Ay del inesperto
que no conoció
que todas aleves
las mugeres son;
y que buscar una
constante. es error
cual querer al aire
sugetar velóz!

LEONOR. Pues hallar un hombre
fiel, la juzgo yo
empresa imposible;
como lo es en pós
correr de las aguas
del mar bramador;
como hacer humilde
la hiena feroz;
ó lograr que nazca
sin brisas la flor;
ó en la noche oscura
vislumbrar al sol!

ENRIQUE. Ved que mi paciencia
quizás se agotó...!

LEONOR. Mirad que la mia
es tal vez menor!

ENRIQUE. Entonces, señora,
me alejo... y... adios...! (*Véndose.*)

LEONOR. Aguardad!

ENRIQUE. Llamaisme?

LEONOR. Llamaros yo á vos?
Queria advertiros
que se os olvidó
en tierra la espada...

ENRIQUE. Mil gracias.--Leonor....

(*Recoge la espada, da algunos pasos, y se vuelve atras.*)

LEONOR. Volveis todavía?

ENRIQUE. Qué equivocacion!
Llegaba á pediros
un leve favor!

LEONOR. Un favor? Y cual?

ENRIQUE. Es... que... como soy
yo tan distraido,
no escuché el reló.
Sabeis si la una
en San Juan sonó?

LEONOR. Pues tendriais cita
á esa hora, traidor?

ENRIQUE. Qué ¿os importa algo
¿si esto se acabó? (*Marchándose.*)

LEONOR. Escucha, detente...
¡Oh Enrique! á mi voz;
porque ya no puedo
callar mi dolor!
Escucha, que en nada
á su fé faltó
la que te hizo dueño
de su corazon!
Yo por tí desprecio
fausto y esplendor
con que aqui hace poco
alguien me brindó.
Yo no quiero nada
del régio señor;
ni galas, ni joyas,
ni honores, ni... no!
que es siempre, bien mio.
mi sola ambicion,
conservar tu afecto,
conservar tu amor!

ENRIQUE. Sigue, no enmudezcas!
Jamas recibió
estasiada el alma
consuelo mejor!
Jamás, cual un bálsamo
suave llegó
á calmar tu acento

mi horrible afliccion!
¿No volverás nunca
ya á darme, Leonor,
celos que tortura
son para los dos?

LEONOR. Nunca... si constancia
me ofreces; si nó...

ENRIQUE. No temas!

LEONOR. Tampoco
culpable ilusion
te harás, de que pueda
faltar á mi honor....

ENRIQUE. Yo te lo prometo!

LEONOR. Si satisfaccion
concedí amorosa
á tus dudas hoy,
no te perdonára
si olvidándolo,
me injurias de nuevo
con sospechas, con...

ENRIQUE. No, no, vida mia;
no volveré yo
ni á darte motivos
para tu rigor,
ni á exigirte nunca
mas esplicacion...!

(Durante los últimos versos se ha visto aparecer á D. Juan sobre la tapia del fondo; ahora baja lentamente al jardin.

ESCENA X.

Dichos, DON JUAN.

JUAN. Oscura la noche está....
Nada se vé... Mas presumo
que aunque media hora á lo sumo
hace que se marchó ya
su alteza, Leonor hermosa
habrá entrado en su aposento.

ENRIQUE. Parece que rumor siento!
LEONOR. Rumor? No: todo reposa...!
El pàjaro en la espesura:
en su lecho embalsamado
la flor que aun no ha derramado
su esencia suave y pura;
y allí sobre ella, ligera
la mariposa inconstante
duerme tambien, anhelante
de ser quizás la primera
que á la rosa virginal
robe, en un beso ardoroso,
su aroma voluptuoso,
su perfume matinal!
Duerme la brisa sutil
por volver al nuevo dia
á acariciar á porfia
del campo las galas mil;
duerme el ruiseñor gozoso,
y la tórtola doliente;
y aun el rio, su corriente
deslizando silencioso;
solo, en fin, velan constante,
en el cielo las estrellas;
y olvidando sus querellas
en el mundo los amantes!
JUAN. A que haga esperaré aqui (*Acercándose.*)
nuestra seña convenida.
ENRIQUE. No me engaño! Por mi vida
alguien hay!
LEONOR. Estás en tí?
JUAN. Voces se escuchan... Quizás (*Retro-*
no se retiró aun Leonor! *cediendo.*)
ENRIQUE. Detente, infame, traidor!
(*Encontrándole en la oscuridad y persiguiéndole.*)
Muerto eres si un paso das!
(*Poniéndosele delante con la espada desnuda.*)
JUAN. Escuchad!
ENRIQUE. No: calle el labio!
solamente hable el acero
LEONOR. Enrique...

JUAN. Atended primero...

ENRIQUE. Pronto vengaré mi agravio!
Y yo dí fé á tus protestas...! (*A Leonor.*)
Defiéndete, ó te asesino!,. (*A D. Juan, acometiéndole furioso.*)

ESCENA XI.

Dichos, DOÑA ANA, INES *y criados, asomando luces por las ventanas del jardin; vecinos de afuera apareciendo igualmente en los balcones con luces.*

ANA. Gran Dios! Todo lo adivino! (*Desaparece de la ventana, y sale á poco al jardin.*)

INES. Cielos! Qué voces son estas?

MARI-PEREZ. Socorro!... (*Desde la puerta de la calle.*)

LEONOR. Oh lance fatal!

CRIADOS Y VECINOS. La ronda! La ronda!

LEONOR. (*A Ines que sale corriendo.* Calla!

MARI-PEREZ. Quien vió mas fiera batalla?

LEONOR. Escándalo quién vió igual?

CRIADOS Y VECINOS. La ronda! La ronda! Aqui!

ENRIQUE. No importa! Le acabaré!..

JUAN. Soy muerto! Ah!., (*Cayendo.*)

ANA. (*Corriendo hácia él.*) Tarde llegué!

LEONOR. Hermana...!

ANA. Infeliz de mi!

ENRIQUE. Qué, señora, por ventura?.,

LEONOR. Por ella sola venia!

ENRIQUE. ¿Hay suerte como la mia?

ANA. Colmóse mi desventura!

ESCENA XII.

Dichos. La ronda.

GEFE — Un hombre muerto!
LEONOR. — *(Fuera de si.)* Ahí está! *(señalando*
Ese es, ese, el matador... *á D. Enrique.)*
Si á mi me cuesta el honor, *(A D. Enrique.)*
la vida te costará...!

(D. Enrique sin decir palzbra entrega la espada al gefe de la ronda; doña Ana arrodillada junto á D. Juan le contempla con angustia.--Cuadro animado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala en casa de doña Leonor. Puertas laterales; en el fondo otra escondida en la tapicería, y que se abre por medio de un resorte.

ESCENA I.

INES, MENTIROLA.

MENTIROLA. Con que pásale recado,
á doña Leonor, alhaja,
de que aqui la espera ansioso
para arrojarse á sus plantas,
el escudero infelice
del hombre á quien ya no ama.

INES. Pues ¿pues qué desea Mentirola?

MENTIROLA. Que deseo? Poco... Ahogarla...
Mas como es este placer
que con la vida se paga,
quiero tomar otro rumbo...
Quiero las manos besarla...
Y nunca mejor cuadraron
las consabidas palabras,
de: «Manos besa uno á veces
que quisiera ver cortadas.»

INES. Porque asi á doña Leonor
aborreces y maltratas?

MENTIROLA. Por qué dices, Inesilla?
La pregunta no está mala!
¿Pues no sabes que perdióse
D. Enrique por su causa;
que por ella dió la muerte

á D. Juan, la noche infausta
en que aqui le aprisionaron?
¿No fué la misma villana
muger quien le denunció,
y quien con inicua saña
le persigue rencorosa?

INES. Es cierto; mas ultrajada
en su honor y en su decoro,
á los que echó eterna mancha
el crimen de tu señor,
quiso conseguir venganza...

MENTIROLA. Venganza dices, Inés?
No se venga quien bien ama!
Si D. Enrique mató
á D. Juan, celoso estaba;
y son los celos disculpa
bastante de aquella hazaña;
además, si es generosa
y bien nacida una dama,
en vez de ofenderse de ello,
de ello se gloria y se ufana;
que cuando un hombre su vida
arriesga por disputarla,
es indudable señal,
siempre de que la idolatra.

INES. Mas no sabes, Mentirola,
qué escandalo, qué algazara
produjo en el barrio entero
aquella aventura estraña;
desde entonces, la señora
no puede salir de casa
sin que todos la señalen
con el dedo; sin que hagan
comentarios ofensivos
á su recato y su fama.
En fin, como de orgullosa
y de altanera pecaba,
todos á una voz hipócrita,
y otras mil cosas la llaman;
con lo cual exasperado
su carácter, ya ni tasa

pone alguna á su despecho,
ni á su enojo ciego valla.

MENTIROLA. Y dejará perecer
á D. Enrique inhumana?

INES. No lo sé. Mas puede acaso
salvarle?

MENTIROLA. Si quiere, basta
con que ella lo solicite
de nuestro jóven monarca;
pues dicen que gran favor
de su magestad alcanza.

INES. Mira que quizás en eso,
buen Mentirola, te engañas;
como que doña Leonor
al rey no vé para nada,
ni aquel se hallará propicio
á perdonar, porque amaba
muy tiernamente á D. Juan;
siendo su amargura tanta
por su inesperada muerte,
que es voz pública jurará
castigar al matador
sin remedio ni tardanza.

MENTIROLA. Murió Felipe tercero
en mala ocasion!

INES. En mala!

MENTIROLA. Pero aseguran tambien
que al rey no le desagrada
deshacerse de un rival
preferido, á quien odiaba.

INES. Son esas viles calumnias
que su nobleza rechaza;
y si las acoge el vulgo...

MENTIROLA. Doña Leonor viene... calla!

ESCENA II.

Dichos, DOÑA LEONOR.

LEONOR. Tu por aquí, Mentirola?

MENTIROLA. Dios guarde á vueseñoría.
LEONOR. Y que buen viento te trae
por mi casa?
MENTIROLA. La desdicha
no es bueno, sino mal viento.
LEONOR. Y vienes...?
MENTIROLA. Por esa misma
razon, á pediros llego
que os mostreis compasiva.
LÉONOR. Pues con quien?
MENTIROLA. Con mi señor,
que pena en cárcel sombría
largo tiempo.
LEONOR. Y ¿puedo yo
hacer algo, aunque me aflija
su condicion infelice?
MENTIROLA. Si podeis; si blanda y pía
en vez de ser rigorosa,
le favoreceis benigna.
LEONOR. No está en mi mano, te engañas,
conseguir que la justicia
del rey D. Felipe cuarto
perdone al que fué homicida.
MENTIROLA. Mas si lo está el suplicar
al monarca, que desista
de su venganza cruel.
LEONOR. Venganza, ¿cómo? Me admira
escuchar ese lenguaje.
MENTIROLA. Si; él un rival sacrifica:
ya lo sabe todo el mundo!
INES. Vuelta con las tonterías?
LEONOR. Cuidado con lo que dices!
Es acusacion indigna
presumir que D. Felipe
tan torpe designio abriga!
MENTIROLA. Y no manifestó ya
su condicion vengativa?
¿No vá al cadalso mañana
el hombre que aborrecia
mas en vida de su padre?
LEONOR. ¿Quién?
MENTIROLA. El conde de la Oliva,

D. Rodrigo Calderon.
A ese le cuesta la vida
lo mismo que á mi señor
rivalidades mezquinas!

LEONOR. Es la justicia del rey
si severa, equitativa:
y ni perdona al ministro
que con su poder trafica;
ni al caballero alevoso
que á su contrario asesina.

MENTIROLA. Si D. Enrique mató,
fué en buena lid permitida...

LEONOR. En fin, no hablemos mas de eso!

MENTIROLA. ¿Con qué entonce era mentira
el amor que le jurasteis
á mi señor; y hoy esquiva
le abandonais inclemente
á su desgracia inaudita?

LEONOR. Vete ya; basta de insultos!

MENTIROLA. Ni Neron, ni el fiero Sila,
ni Calígula, ni Herodes,
ni Dionisio, ni Agripina,
ni el mónstruo de Babilonia,
ni el feroz bárbaro Atila,
ni por último, D. Pedro
el cruel, igualarian
á esa saña rencorosa
en lo insensible y lo fria!
Asi, en castigo justisimo
de tanto rigor, permitan
los cielos que padezcais
torturas grandes y chicas;
que si amais, os aborrezcan;
que aborreciendo os persigan;
que cuando querais sentaros
no encontreis banco ni silla;
que si teneis apetito
no halleis de comer ni pizca;
y si sed, que no topeis
ni una fuente cristalina;
que en verano os queme el sol.

que en invierno os nieve encima;
que os zumben los moscones,
y que os piquen las avispas;
que no halleis nunca en el mundo
quien de esposa el nombre os pida;
y si algun desesperado
lograse al cabo esa dicha,
que os dé cuñada y suegra
regañonas y malditas.
En fin, que si teneis hijos,
tengais veinte, y treinta hijas...
y todas mueran con palma
por feas y por ridículas.

LEONOR. Hola! Echad por el balcon *uriosa, lla-*
a este loco! *mando.)*

MENTIROLA. Bobería!
Yo me iré sin que me hagais
esa maternal caricia;
deseándoos ya por último
salud... poca. Hasta la vista! *(Vase.)*

ESCENA III.

DOÑA LEONOR, INES.

LEONOR. Has visto insolente igual,
Inés?

INES. No lo ví en mi vida!
Pero merece disculpa
porque el deseo le anima
de salvar á su señor.

LEONOR. Eso mi enojo mitiga,
y perdono sus injurias
en gracia al que las inspira.
Pero ¿dónde anda mi hermana?

INES. Yo lo ignoro; que vestida
la he dejado rato há,
y luego vino aqui arriba.

LEONOR. Aquí?

INES. Sin duda, señora:
y á veces me maravilla
buscarla por todas partes,
siendo inútil mi fatiga.
De modo que ahora ya menos
los comentarios me admiran
que hacen los otros criados
por la noche en la cocina.

LEONOR. Pues ¿qué dicen?

INES. Que andan duendes
en la casa; que rechinan
las puertas sin saber como;
que se oyen voces distintas,
de almas en pena sin duda,
hácia la parte contígua
á este aposento...

LEONOR. (*Aparte.*) Imprudentes!

INES. Son de ese modo infinitas
las consejas que propalan,
y los cuentos que imaginan.
Y es lo gracioso del caso,
que esas ánimas benditas
comen y beben, señora,
como si estuviesen vivas.

LEONOR. Yo no te entiendo.

INES. Aseguran
que ya es un pavo el que emigra
del corral; ya seis botellas
vuelan de la cueva misma;
ya del huerto desparecen
las peras, ubas, y guindas;
ya faltan de la despensa
confites y golosinas...

LEONOR. Hazañas de algun goloso,
que será quien luego chilla.

INES. En fin, están aterrados,
de modo que se santiguan
en cuanto el menor rumor
á oirse por aqui principia.

LEONOR. Son unos tontos. ¿Y tienes
miedo tu tambien?

INES. Ni chispa.
No creo en duendes ó brujas,
ni en almas aparecidas;
y si divisase al diablo
en sus barbas me reiria.

(Durante estas últimas palabras, há aparecido doña Ana en la puertecilla oculta del fondo, que abre merced á un resorte; al ver á Inés cierra rápidamente y se adelanta.)

ESCENA IV.

Dichas, DOÑA ANA.

ANA. Hermana...
LEONOR. *(Aparte á ella.)* Imprudencia igual!
INES. Jesus! Ay vírgen santísima! *(Asustada*
Yo misma cerré la puerta!.. *al verla.)*
Por donde salió?
ANA. Inesilla,
márchate afuera.
INES. Muy bien.
Sin duda! Aqui hay brujería! *(Aparte.)*
Voy á contar el suceso
á todos; y arrepentida,
no volveré á este aposento
sin cargarme de reliquias. *(Vάse.)*

ESCENA V.

DOÑA LEONOR, DOÑA ANA.

LEONOR. Qué dice?..
ANA. Ya está impaciente
por salir de su prision;
que su noble corazon
se indigna y sufre igualmente
sabiendo que otro inocente
una culpa agena espía.

LEONOR. Yo comprendo esa hidalguía;
mas se halla cerca el momento
en que acabe su tormento,
la justa venganza mia.

ANA. Fiera condicion, Leonor,
la tuya, que así castigas
al que amas, y le obligas
á que no crea en tu amor!

LEONOR. Antes que éste es el honor,
y mi decoro ofendido.
Asi mi intencion ha sido
darle la pena primero;
que si á D. Enrique quiero,
es mi honor el preferido.
De esta suerte aprenderá
á no ofenderme el ingrato,
con dudas de mi recato,
que acrisolado está ya;
y tambien conocerá
cuánto merece respeto
todo ignorado secreto:
pues á quien sabe querer
debe serle la muger
de veneracion objeto.

ANA. Ese vano orgullo, hermana,
te hace insensata, sañuda;
cuando quien nos ama duda,
es prueba evidente y llana
de que á tal punto le ufana
el cariño que apetece,
que con la idea enloquece
de perder cuanto así estima!
Luego, lo que te lastima
gratitud solo merece.
Tampoco ignoras, Leonor,
esa máxima sabida
que es de todos repetida:
«Curan agravios de amor,
mas ternezas que rigor.»

LEONOR. Quizás la máxima miente;
y mi carácter ardiente

no se conforma otorgar
caricias, al que ultrajar
quiso mi afecto vehemente.

Ana. Asi. ¿qué es lo que hacer piensas?

Leonor. Mañana misma daré
de que D. Juan vive fé;
y espiadas las ofensas,
serán muy en breve inmensas
la sorpresa y la alegria;
viendo que traza fué mia
fingir de D. Juan la muerte,
y vengarme de esta suerte
segun á mi honor cumplia.

ESCENA VI.

Dichas, INES.

Ines. Señora, hablaros desea
una dama.

Leonor. ¿A mí? Pues quién?
¿Dijo su nombre?

Ines. Si tal:
se llama doña Isabel
de Inestrosa.

Leonor. Pues que pase.
Qué quiere?

Ines. Yo no lo sé:
pero aunque viene tapada
juzgo que hermosa ha de ser.
Entrad.

(*A doña Isabel que sale ahora, y se descubre.—Inés se retira.*)

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR, DOÑA ISABEL, DOÑA ANA.

Leonor. (*Conociéndola.*) Isabel!

Isabel. Leonor!
Ana! ¿os acordais, pues,
de aquella que á vuestro lado
pasó su dulce niñez?

LEONOR. Como pudiera olvidarte
quien te amó cual yo te amé?

ISABEL. Qué bellas estais las dos!

ANA. ¿Pues y tú?

LEONOR. Ni el rosicler
es mas puro ni brillante
que la color de esa tez;
tus labios frescos envidian
el alelí y el clavél;
y á tus ojos los luceros
no logran oscurecer!

ISABEL. Ay! Sin embargo, estos ojos
siempre nublados se vén,
por las lágrimas amargas
que no cesan de verter!

ANA. Cómo! No eres venturosa?

ISABEL. No! no! mi destino es
eternamente llorar!

LEONOR. Nunca la dicha probé!
Isabel mia, qué tienes?

ISABEL. Condenada cual sabeis
á tomar muy pronto el velo,
amo... con delirio!

ANA. Y él...?

ISABEL. El? No me ama... ama á otra!

ANA. Comprendo tu padecer!

ISABEL. Pero aun no os lo dige todo.

ANA. Prosigue.

ISABEL. Y esa, cruel
le persigue y vengativa...
¿No os sorprende? Una muger
castigar al que la adora,
porque fué un momento infiel.!!

LEONOR. (*Ap.*) Qué dice? Seria ella acaso...?
Hermana, manda traer (*á doña Ana*)
á esta sala luces ya;
dispon tambien que nos dén
el refresco...

ANA. Tán temprano?

LEONOR. Tengo que salir despues.

ANA. Comprendo! hay aquí un misterio (*Ap.*)

que yo no debo saber! (*Váse.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR, DOÑA ISABEL.

LEONOR. Isabel, que humillacion!
Amar... y no ser amada!
ISABEL. Pues qué ¿sufre el corazon
como la fria razon
leyes, ni freno, ni nada?
¿Quizás el por qué sabemos
si aborrecemos ó amamos?
Así, con frecuencia vemos
que á quien nos adora, odiamos,
y á quien nos odia queremos!
LEONOR. Amar á quien no nos ama!
Mi orgullo no lo comprende!
ISABEL. Orgullo, cuando la llama
de la pasion nos inflama,
y en nuestro pecho se enciende!
Ponderar, Leonor, oí
tu rigor y tu fiereza;
mas nunca á tanto creí
que llegase de altiveza
tu indomable frenesí.
LEONOR. Tengo en mucho mi decoro,
y por nadie falto á él.
ISABEL. Que ese es el manto no ignoi
con que encubres el tesoro
de tu vengativa hiel!
No mas, no mas fingimiento;
basta ya de hipocresia!
Amo como al alma mia,
á quien con rencor violento
persigues sañuda, impía!
LEONOR. Aaah...! ¿Eres tú mi rival,
tú, la doncella inocente,
la paloma virginal
educada santamente

para la vida claustral?

ISABEL. Si, yo lo soy; pero anhelo
no mas salvar generosa
una existencia preciosa...
y consagrándome al cielo
dejarte á tí ser dichosa!
Que nunca sabrá, Leonor,
cuanto por él padecí;
cuan inmenso fué mi amor...
ni que entre las dos, yo fuí
quien supo amarle mejor!

LEONOR. ¿Mejor dices, insensata?

ISABEL. Si; tu pasion es mentida,
cuando le oprime y maltrata;
que mi amor quiere su vida,
y tu cariño le mata!

LEONOR. Y ¿vienes por necio antojo,
con estraño atrevimiento
á desafiar mi enojo,
y á gloriarte de tu arrojo?
Oh! La niña es un portento!

ISABEL. No; yo á implorarte he venido
y á desarmar tu dureza;
mas si acaso te he ofendido,
mira que hay en el olvido
de las ofensas grandeza!
Dicen que hace el soberano
de ti mucha estimacion:
pues bien, pídele que humano
hoy firme su régia mano
de D. Enrique el perdon!
Y mientras ciñe tu frente
blanca corona nupcial,
yo cubriré humildemente
mi cabeza penitente
con el sagrado cendal.

LEONOR. Es imposible, Isabel!

ISABEL. No quieres? Ah! bien sabia
que rencorosa y cruel,
ni se apiadaria de él,
ni de mí se apiadaria!

Pero nada importa, no.
puesto que en el abandono
dejas así al que te amó,
hasta el pié del mismo trono
corro por salvarle yo.

LEONOR. Detente, Isabel... escucha!

ISABEL. Que me detenga, traidora?
Ah! Tu tienes miedo ahora
de que salga de esta lucha
y contra ti vencedora!
Pues sabelo: guerra á muerte
de hoy mas solo entre las dos;
y si consigo vencerte,
lo que decida la suerte
lo habrá decidido Dios..!

LEONOR. Oye, oye...
(*Siguiéndola y queriendo detenerla.*)

ISABEL. No oigo nada,
que vengarme de ti quiero!
Fui generosa primero,
y fui entonces despreciada...

LEONOR. Espera...

ISABEL. No! ya no espero!

(*Doña Isabel se vá rápidamente; y doña Leonor detras queriendo detenerla. Al mismo tiempo sale por el lado opuesto Mari-Perez con luces.*)

ESCENA IX.

MARI-PEREZ *sola.*

Pues no hay nadie... Y me mandaron
que al punto subiese luz...
á mi que, no puedo entrar
en esta estancia sin un
miedo atroz, y sin hacer
cincuenta veces la cruz!
Y no me falta motivo,
ni yo tengo miedo al bú...
pero aqui murió don Juan

un mes no se cumplió aun;
y sin duda que cargára
con su cuerpo Belcebú,
cuando al enterrarle vieron
que no iba en el ataud.
Luego, los cuentos que corren
de duendes... Ese rún rún
de aparecidos... y... Cielos!
pensé escuchar su voz, su....
No hay cosa peor que el miedo
para ver lo blanco azul!
Mas que estrépito..! Dios mio!!
Bah! si es el viento del Sur!
Y á fé que á veces retumba
como un tiro de arcabuz!
Ay! virgen santa de Atocha!

(*Viendo que la puerta del fondo se entreabre, y que aparece en ella D. Juan.*)

Rechina la pared..! Uh!!!
Es él... es él...! Qué me coge..!
Socorro...! Auxilio! Jesus!!

(*Huye santiguándose y haciendo cruces.*)

ESCENA X.

DON JUAN, CASCARRABIAS.

(*Al ver á la dueña, D. Juan vuelve á cerrar; y cuando aquella se ha marchado abre de nuevo con precaucion.*)

CASCARRABIAS. Como! Habia alguno, señor?
JUAN. Era la maldita dueña!
Asi, no hay que perder tiempo.
¿Traes la llave de la puerta
falsa, por donde salias
y entrabas sin que te vieran?
CASCARRABIAS. Aqui está.
JUAN. Dame la capa,
y no olvides la maleta.
CASCARRABIAS. Voy por ambas. (*Entrase.*)
JUAN. Ana mia!

Qué grande será tu pena
viendo que huyo de tu lado!
Mas obedecer es fuerza!

CASCARRABIAS. Tomad, señor.
(*Saliendo con la capa de D. Juan.*)

JUAN. Es de noche?

CASCARRABIAS. Ya ha rato que anocheciera.

JUAN. Y los caballos?

CASCARRABIAS. Aguardan
del jardin junto á la verja.

JUAN. Llevas dinero?

(*Cascarrubias principia á cerrar la maleta.*)

CASCARRABIAS. De oro
la bolsa azul está llena.

JUAN. Repara antes de bajar
si no hay nadie en la escalera.

CASCARRABIAS. No es fácil; que de este lado
se halla la casa desierta.

JUAN. Pues vamos.

CASCARRABIAS. ¿Y á donde vamos?

JUAN. No es menester que lo sepas.

CASCARRABIAS. Resucitamos al menos?
Se acabó la penitencia?

JUAN. Si, resucitamos. Anda!

CASCARRABIAS. Pues á fé que no me pesa;
porque la vida de muerto
me encocoraba de veras;
y si dura un poco mas,
á mi de fijo me entierran.
(*Cerrando siempre la maleta.*)
Yo no sé como pudisteis
acceder á esta comedia....

JUAN. Fué preciso, inevitable;
doña Leonor lo exigiera,
ofreciéndome por premio
de tanta condescendencia
unirme al fin á su hermana.

CASCARRABIAS. La condicion está buena!

JUAN. Se oye ruido: despachemos...
Sin duda alguno se acerca...

CASGARRABIAS. Ay! y yo que me dejaba

allá dentro mi cabeza...
quiero decir, mi sombrero.

JUAN. Pues corre á buscarlo, vuela!
Pero entrégame la llave;
no haga el demonio que vengan
y me encuentren.

CASCARRABIAS. (*Dándole la llave.*) Esta es.

JUAN. Corre.

CASCARRABIAS. Voy. (*Entráse con la maleta debajo del brazo.*)

JUAN. Dios mio! Es ella! (*Viendo salir á doña Leonor y á doña Ana.*)
Debo huir... debo evitar
ante todo su presencia!
(*Vúse por la izquierda.*)

ESCENA XI.

DOÑA LEONOR, DOÑA ANA.

LEONOR. Que ha sido alguna locura
de don Juan apostaria.

ANA. O con el miedo, Maria
creyó ver lo que asegura.
Mas su importancia es escasa,
si has de declararlo todo
hoy mismo.

LEONOR. De ningun modo
quiero sepan que en mi casa,
durante un mes, escondido
tuvimos las dos á un hombre.

ANA. Como ha de llevar el nombre
muy presto de mi marido...

LEONOR. Me asombra escucharte, Ana:
pues que ¿nuestra falta escusa
esa razon? Cuál me acusa
ya la conciencia!

ANA. Ay! Hermana.
no vés esa puerta abierta?

LEONOR. Es verdad! Qué será? Cielo!

ANA. Algun desastre recelo!
LEONOR. Si, alguna desdicha es cierta!
ANA. Corramos!

(*Se lanzan hácia la puerta del fondo, y al ver á Cascarrabias que sale con la maleta bajo el brazo, lanzan un grito.*

ESCENA XII.

Dichas, CASCARRABIAS.

LAS DOS. Ah!
CASCARRABIAS. (*Ap.*) En el garlito
me cojen como á un raton!
LEONOR. Dónde vas, dónde?
CASCARRABIAS. Chiton!
Que está el amo muy malito!
ANA. De veras?
CASCARRABIAS. Pero no entreis.
LEONOR. Por qué?
CASCARRABIAS. Hálo prohibido
el doctor.
ANA. Quién lo ha traido?
CASCARRABIAS. Yo.
LEONOR. Tú?
CASCARRABIAS. Si: mas no griteis!
LEONOR. Y á dónde llevas, traidor,
esa ropa, esa maleta?
CASCARRABIAS. Voy... á buscar la receta
que me ha dejado el doctor.
ANA. Cómo?
CASCARRABIAS. Las drogas son tales,
que como no fuera aquí (*Señalando á la maleta.*)
que no cabrian creí
en otra parte cabales.
ANA. Ay! Pues qué tiene don Juan?
CASCARRABIAS. Cólico... y al ferecía...
tabardillo, é hipocondría...
y por su vida no dán
un maravedí al presente,

si á turbar llega importuno
su dulce reposo alguno.

ANA. Duerme?

CASCARRABIAS. Como un inocente!

LEONOR. Tú nos engañas, villano.
Entra, Ana.

CASCARRABIAS. Que lo matais, (*Poniéndose delante de la puerta.*)
ved, por Cristo, si le habláis!

LEONOR. Téngame Dios de su mano! (*Colérica.*)

CASCARRABIAS. No pasareis! (*Siempre delante de doña Ana.*)

ANA. Quítate! (*Empujándole y entrando.*)

CASCARRABIAS. Señora!... (*A doña Leonor confuso.*)

LEONOR. Silencio! Aparta!

ANA. (*Saliendo fuera de sí, y con un papel en la mano.*)
No... no está; y solo esta carta....

LEONOR. Dame; qué dice veré! (*La abre y lee.*)

«Perdona, Ana mia, que te abandone, sin prevenirte antes de ello. Mas el destino lo quiere así, y no hay que resistir á sus leyes. Acaso en muchos años no tornemos á vernos; pero no dudes que ni un punto solo dejará de amarte tú D. Juan.»

CASCARRABIAS. (*Ap.*) Cayóse la casa acuestas!

ANA. Ay! Que bien mi corazon
me anunciaba su traicion! (*Dejándose caer en una silla.*)

LEONOR. Mas que maldades son estas? (*A Cascarrabias.*)
A dónde se fué don Juan?
Dílo.

CASCARRABIAS. Su intencion le abona;
que á buscaros una mona
se ha llegado hasta Tetuán.

LEONOR. Bufon, pues que á tí te hallo,
tú sufrirás el castigo.

CASCARRABIAS. Porque la verdad os digo?

LEONOR. Calla, calla!

CASCARRABIAS. Ya me callo!

LEONOR Mas... ay de mí!... D. Juan era (*Con un delirio que vá en aumento.*)

quién justificar podia
á don Enrique... y debia
mañana impedir que muera!...
Entonces... no hay esperanza...
y él al cadalso inocente
subirá... porque imprudente
quise lograr mi venganza!...
Y yo, infeliz, que le adoro,
la muerte yo le daré!... *(Pausa.)*
Es esto verdad?... No sé!...
Acaso es sueño?... Lo ignoro!
Sueño? No; despierta estoy!
No es ilusion, no es delirio!
Es justísimo martirio
que el cielo me envia hoy!
Pero yo salvarle quiero,
y le salvaré... sí... sí!...
Viva él, y mátenme á mí,
verán cuán contenta muero!
Y no hay tiempo que perder..
María, Inés... Pronto, el manto! *(A las criadas que salen.)*
La litera!... Con qué espanto
miro las horas correr!

Ana. Pero á dónde quieres ir?
Qué intentas hacer, hermana?

Leonor. A dónde, preguntas, Ana?
A salvarle, ó á morir!

(Mari-Perez la ha puesto el manto durante los dos penúltimos versos; dos criados con antorchas aparecen al mismo tiempo en la puerta; doña Leonor se lanza hácia ella precipitadamente; y cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un salon en palacio: tres puertas en el fondo, y una á cada lado.--Ventana á la derecha.

ESCENA I.

EL REY, DON FELIX.

(*Al levantar el telon, el Rey está sentado, con unos papeles en la mano; D. Felix junto á él de pié.*)

FELIX. Con que hizo Su Magestad
una comedia? Oh! prodigio!
REY. Si, don Felix; y aquí tienes
casi entero el manuscrito.
Solo me falta el remate,
y luego ponerla el título.
FELIX. No la escribieran mejor
Lope, Calderon, ni Tirso!
Qué chistes en el diálogo!
Qué gracejo en el estilo!
Qué caracteres tan nuevos!
Qué lances tan peregrinos!
REY. Pues qué, don Felix, ¿acaso
tú la comedia has leido?
FELIX. No señor... Mas como es vuestra
que ha de ser asi imagino.
Y estoy seguro ademàs
de que opinarán conmigo
en la corte, cuantos sepan

que Su Magestad la hizo.
Sin leerla! Aduladores! (*Aparte, arrojando el manuscrito sobre la mesa.*)
De su pequeñez me irrito!
(*Despues de una pausa.*)
Fuiste á ver á Siete Iglesias?

FELIX. Vuestro precepto he cumplido.

REY. Cómo está?

FELIX. Tan resignado,
gran señor, y tan contrito,
que no aparta un solo instante
sus tristes ojos del Cristo.

REY. Y el pueblo?

FELIX. El pueblo, gozoso
al saber que vá un ministro
al cadalso, cual pudiera
el mas humilde individuo,
aguarda ya por las calles,
para ver á don Rodrigo
cuando salga; ó presenciar
tal vez luego su suplicio.

REY. A qué hora es ese?

FELIX. A las doce....
Y morirá al tiempo mismo
D. Enrique de Villegas...
si no os mostrais compasivo
otorgándole el perdon
que otra vez para él os pido.

REY. No, D. Felix; no es posible:
él me privó de un amigo
verdadero; y los monarcas
no nos hallamos tan ricos
de amigos, que así podamos
ser indulgentes y pios
con quien alguno nos roba
que nos profesó cariño.
Quiero además poner coto,
como ya Richelieu hizo
en Francia muy sabiamente,
á esos duelos infinitos
en que tanta noble sangre

se derrama sin motivo;
en los que pierde el Estado
sus mas valerosos hijos;
por fin, en los que no hay gloria,
ni grandeza, ni heroismo!

Felix. Yo acato, señor, cual debo,
tan elevados designios;
pero ved que es D. Enrique
de vuestra clemencia digno.
Esforzado, generoso,
de ilustre alcurnia nacido,
allega ya timbres nuevos
á tantos timbres antiguos.
El combatió en Alemania;
él asombró al enemigo
con su denuedo en la Flandes.
él

Rey. Basta: ya te lo he dicho.
Hoy debo ser justiciero:
hoy no debo ser benigno.

ESCENA II.

Dichos, UN PAGE.

Page. Doña Leonor de Guevara
ruega que le dé permiso
Su Magestad para entrar.

Rey. Doña Leonor? Ya adivino
de su visita el objeto...
que tres veces ha venido
á palacio desde anoche.
Que pase al punto á este sitio.

(Vase el page, y vuelve en seguida, acompañando á doña Leonor; el rey hace una seña á D. Felix que se retira.)

ESCENA III.

DOÑA LEONOR. EL REY.

(Doña Leonor al ver al rey, corre hácia él dando un grito.)

LEONOR. Señor, mandad, mandad que en el instante
revoquen su sentencia! Es inocente!
REY. Y quién, doña Leonor?
LEONOR. Qué!... No os lo dige?
Es cierto!... D. Enrique!... Estoy demente!
Oh! Y es que he padecido tanto, tanto!
Lloraba, y se mofaban de mi llanto!
Suplicaba, señor, yo que orgullosa
no supliqué jamás, y se reian;
y su estúpida risa, era una daga
que en mi pecho los bárbaros hundian!
Mas vos le salvareis! Quiero esplicaros
que yo sola, yo sola soy culpable!
Cruel y vengativa y rencorosa,
castigar quise su aficion mudable!
Pero vive don Juan..! Si: yo os lo juro!
No le mató Villegas!
REY. Vive? Y donde,
donde está, responded?
LEONOR. Ay! Sé que vive,
aunque ignoro el lugar en que se esconde!
REY. Pobre Leonor!
(Apartándose de ella con lástima.)
LEONOR. Dios mio! ¿Por acaso
supondriais, señor, que miento ahora?
Mentir? No lo penseis! Si yo pudiera
deciros mi dolor y mi amargura,
vuestra piedad mayor sin duda fuera!
Mas? como he de poder, si eternamente
para espresar lo que el corazon sufre
el labio es incapáz, es impotente!
REY. Calmaos!
LEONOR. Que me calme? Una palabra

proferid de esperanza y de consuelo,
y vereis como enjugo el llanto mio,
y como me alborozo, y canto, y rio!
Pero mientras que corre
el hombre á quien adoro con locura
al patíbulo horrible, ¿puedo acaso
hacer mas que llorar mi desventura?
Y cuán de prisa, cielos!
pasa el tiempo veloz! Dentro de un hora
será infecunda la clemencia vuestra,
como lo son mis lágrimas ahora!
¿Quereis vengaros, porque pude un dia
desoir vuestro amor segun debia?
Más no lo hagais, señor: altas razones
en los monarcas la nobleza abonan!
¡Qué chicos son los reyes que se vengan!
¡Qué grandes son los reyes que perdonan!

(*El rey la vuelve la espalda, y dá algunos pasos hácia adentro.*)

Os vais, y sin dejarme una esperanza!
Señor, mirad que á vuestros pies reclamo
no gracia ni piedad;
justicia nada mas para el que amo!

REY. Justicia? Donde está D. Juan, señora?
Mientras que no le vea al lado mio,
ni podré complaceros,
ni mostrarme podré justo ni pio!

LEONOR. Basta de humillacion!.. Mas escuchadme
lo que antes de partir deciros quiero:
el que desprecia el ruego de una dama,
ni puede ser buen rey, ni es caballero!

REY. Infeliz! Me insultais?

LEONOR. No! No! Qué dije?
Perdonad! Perdonad! Estaba loca!
La espuma del dolor que sufro horrible
subió del corazon hasta la boca!..
No os vengueis por eso, y generoso
volved por una ofensa un beneficio!
Decid, vivirá Enrique?

REY. No es posible!

LEONOR. Ah!... (*Cayendo sobre un sitial.*)

REY. Morirá, que es justo su suplicio!..

(*Al mismo tiempo que el rey se vá por un lado, sale por otro el doña Ana.*)

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR, DOÑA ANA.

ANA. Leonor! Leonor! Vuelve en ti! (*Corriendo*
Infeliz! No puede oirme!.. *hácia ella.*)
Que nada alcanzó del rey
su fiera angustia bien dice!
Hermana! Huyamos de aquí!
Soy yo! Mírame!--Insensible,
ni sus ojos se entreabren
ni sus lábios se sonrien!
Leonor! Leonor!...

LEONOR. (*Volviendo en si.*) Quién me nombra?
Eres tú, Ana? Oh! terrible,
terrible sueño fué el mio;
y yo debo bendecirte
porque me arrancaste de él!
No es estraño que palpite
mi corazon con violencia,
ni menos que me horrorice
al pensar que todo aquello,
Ana mia, era posible.

ANA. Ven, ven!

LEONOR. No, no! Escucha tu antes
lo que voy á referirte,
y verás como tú misma
tambien mi pavor concibes.
Soñé... Tiemblo al recordarlo!
que celosa de mi Enrique,
yo le acusé de homicidio...
y mandara conducirle
á una cárcel horrorosa.
Te estremeces? Pues mas hice;
porque en vez de declarar
que era supuesto aquel crimen,

dejé que le condenaran
á muerte... Ay de mí! Qué horribles
cosas se sueñan á veces!

ANA. Sígueme!

LEONOR. Por qué seguirte?

ANA. No tortures tu razon!

LEONOR. Y tú hermana, no delires!
Por ventura temerías
que este sueño se realice?
Já! Já! Já! Tan cobarde
no te juzgué! Ahora permíteme
continuar mi relacion.
Cuando averigüé que el triste
subir debia al cadalso,
á ver al Monarca fuíme.
Pero le hallé inexorable
y en su rigor inflexible!
Por mas que besé sus plantas,
por mas que lloré y le dije,
ni se apiadó de mi llanto,
ni fué á mi ruego sensible;
por último, rechazándome
cruel, con dureza insigne,
«Morirá,» me respondió!
Y yo espantada, al oirle
dando un grito doloroso
á sus pies desvanecíme!
Hermana, qué es ilusion
esto que soñé, repite!

ANA. Sí, sí!

LEONOR. ¿No es verdad tambien
que Villegas está libre?

ANA. Sin duda.

LEONOR. Oh felicidad!
Con que es cierto? Vive? Vive?
Entonces ¿en donde estoy?
En palacio? Y por qué vine?
No sé! No sé! Mi razon
en esta lucha se rinde;
y nada en su oscuridad
encuentro que la ilumine!

Sueño? Sueño? No, que ahí,
ahí estaba el Rey Felipe...
Y yo le hablé... y él sañudo
me contestó: «Es imposible!»
Luego... es esto realidad...
No deliro, no... Infelice!
Si... Vá á morir! Vá á morir,
mi bien, mi vida, mi Enrique;
y yo que le adoro, ¿como
pude hacer que le asesinen?
No, no! Yo hablaré á la reina,
y ella que es buena, y sublime
su caridad, el perdon
tu verás como consigue.

Ana. Si: corre, hermana, apresúrate!
Acaso si te recibe,
logremos salvarle aun...

Leonor. Voy.
(*Doña Isabel se adelanta ahora y dice.*)

Isabel. No, Leonor; no confies!...

ESCENA V.

Dichas, DOÑA ISABEL.

Leonor. Isabel ¿qué has proferido?
Desconfiar? Por qué? Dí!
Viste á la reina?

Isabel. Sí.

Leonor. ¿Y tienes
esperanzas? Infeliz!
Callas, y ruedan las lágrimas
por tu rostro juvenil!
Mira, Isabel, es preciso
que le salvemos!

Isabel. Si, si!

Leonor. Yo soy rica, yo soy rica;
y con oro, seducir
lograremos á sus guardas...

Isabel. Ese plan ya concebí,

y entregué mis joyas todas
al carcelero; mas sin
que hasta ahora haya sabido
si librarle conseguí.

LEONOR. Entonces... el te amará!

ISABEL. Prefieres verle morir..?

LEONOR. No, no; que viva, que viva...
aunque viva para ti!

ISABEL. Ah! Si! Tu le amas tambien!

LEONOR. Yo le amo con frenesí!
Pero si logras salvarle,
sé tú á su lado feliz!..

ISABEL. Feliz? Pues qué, me ama acaso?
Ay! Que no puede lucir
la aurora de la esperanza
jamás, Leonor, para mi!..
Si vive, para tí sola
Villegas, querrá vivir!
Si muere...

LEONOR. Calla, Isabel!
Ay! Por Dios, no hables asi!
Si muere... No, no lo digas!
No vés cual me hace sufrir
esa palabra tremenda?
Ella mil veces y mil
hunde en mi pecho una daga!
(*Suena el reló que dá las doce.*)

ISABEL. Escucha! (*Con terror, contando la hora.*)

LEONOR. Las doce?

ISABEL. Si!
Las doce, las doce han dado!

LEONOR. No, no; debistes oir
mal! Tan pronto! Es imposible!

ANA. Pierde tu rostro el carmin,
hermana! (*Viéndola vacilar y corriendo á ella.*)

LEONOR. No: estoy tranquila!
Sí! No me vés sonreir? (*Hace por reir y rompe á llorar.*)
Ah... Maldita yo, maldita,
que fui la que le perdí.

ANA. Sosiégate!

LEONOR. Sosegarme,
y vá á dejar de existir!
ISABEL. Rumor de pasos se escucha!
ANA. Alguno viene hácia aqui!
LEONOR. Ah! Si fuera su perdon!
(*Aparece Mentirola conducido por un caballero, que señala á doña Leonor.*)
CABALLERO. Allí está!
MENTIROLA. Gracias, D. Luis,

ESCENA VI.

Dichas, MENTIROLA.

ISABEL. No, Leonor! Es su escudero!
LEONOR. Que traes? Habla! (*Corriendo hácia él.*)
MENTIROLA. Lo que traigo?
Un mensage para vos!
LEONOR. De quién? De quién?
MENTIROLA. De mi amo!
LEONOR. Habla pronto.
MENTIROLA. D. Enrique,
á su triste fin cercano...
por culpa vuestra, señora...
esto me mandó entregaros.
LEONOR. Un medallon!
ISABEL. Qué contiene?
LEONOR. Su cabello idolatrado!
MENTIROLA. Tambien me ordenó deciros
que él nunca dejó de amaros;
que guardeis ese recuerdo
de su cariño estremado;
y que deis á su memoria
alguna vez vuestro llanto!
LEONOR. Enrique del alma mia!
Ya á mi propia horror me causo!
ISABEL. Y... para mi, ¿nada os dijo? (*A Mentirola.*)
MENTIROLA. Nada! (*Retirándose lentamente.*)
ISABEL. (*Con amargura.*) Justo era aguardarlo!
Todo para quien le pierde!
Nada á la que le ama tanto!

LEONOR. Isabel, en este trance
no miremos lo pasado:
si un dia rivales fuimos,
hermanas hora seamos,
que á todos los infelices
los hizo el señor hermanos!
Así, dáme tu perdon,
y aun mas... ábreme tus brazos!

ISABEL. Hermana...!

(*Las dos se abrazan tiernamente: un momento de pausa.*)

LEONOR. Pues que lo somos,
nuestros tesoros partamos:
guarda sus cabellos tú... (*Dándola el medallon despues de besarlo.*)
que yo su corazon guardo!

ISABEL. Gracias!

LEONOR. Dónde está el monarca?
Hermana, á sus pies corramos; (*A Isabel.*)
quizás lo que yo no pude,
conseguirlo te sea dado!

ISABEL. Si, ven! (*Las dos se lanzan hácia la puerta de la derecha; un ugier les impide el paso.*)

UGIER. No podeis entrar!

LEONOR. Dejadnos pasar, dejadnos!

UGIER. Su magestad no recibe.

(*Un page abre otra puerta de la izquierda, y dice.*)

PAGE. El Rey!

LEONOR. Dios nos há escuchado!

ESCENA VII.

Dichas, EL REY, CORTESANOS, PAGES.

LEONOR. Señor! (*Arrojándose á sus plantas.*)

REY. Cómo! Todavía
vos aquí?

LEONOR. Y no partiré
sin que vuestro labio dé
el consuelo al alma mia.

(*El Rey se aparta de doña Leonor, pero le detiene doña Isabel por el otro lado.*)

ISABEL. Oiga Vuestra Magestad!
REY. Quién es esta niña hermosa?
ISABEL. De D. Felix de Inestrosa
la hija á vuestros pies mirad!
REY. Y qué me pedís?
ISABEL. Clemencia
solamente!
REY. Y para quién?
ISABEL. Para Villegas.
REY. ¿Tambien
le amais vos?
ISABEL. Con vehemencia,
señor, mas sin esperanza!
REY. Y quereis salvarle?
ISABEL. Sí:
viva, aunque no para mí,
que á tanto mi amor alcanza!
REY. Amais... ¡oh tormento atroz! (*Mirando á Leonor.*)
y no sois correspondida?
ISABEL. Mas su Magestad olvida
que pasa el tiempo veloz;
que hasta el momento postrero
en su vida está contado;
y que marcha el desgraciado
hácia el suplicio ligero!
LEONOR. Dadme vuestro anillo real,
y á salvarle correré,
siquiera subiendo ya esté
al patíbulo fatal!
ISABEL. Olvidando los agravios,
vuestro noble corazon
la palabra de perdon
os envia ya á los lábios!
Venza, señor, la piedad!...

(*Las dos mugeres se arrojan de nuevo á los pies del rey y abrazan sus rodillas.*)

LEONOR. Sucumba el enojo ciego!
dadme vuestro anillo luego!
REY. Triunfasteis de mí! Tomad! (*Les entrega el anillo.*)
LEONOR. Bendito mil veces vos!

ISABEL. Vuela tú á salvarle, hermana!
LEONOR. Si, si!... (*Lánzanse hácia la puerta, y suena al mismo tiempo la campana fúnebre.*)
ISABEL. La horrible campana!
LEONOR. Ah!..
ISABEL. Ya es tarde!
LEONOR. Justo Dios!...
Ha muerto! Ha muerto!
REY. (*Despues de una pausa.*) No: vive!...
LEONOR. Vive? Vive? Me engañais!
(*A una seña del Rey se abre la puerta de la derecha, y salen don Enrique, seguido de don Juan y don Felix.*)
REY. Leonor, á su lado estáis...
y en sus brazos os recibe!

ESCENA ULTIMA.

Dichos, DON ENRIQUE, DON JUAN, DON FELIX.

LEONOR. Enrique!
ISABEL. Enrique!.. No! no!
(*Al verle corre hácia él; pero luego se detiene.*)
Que no vive para mí!
LEONOR. Podrás perdonarme, dí?...
ENRIQUE. ¿No te perdonaré yó
cuando en tus ojos el llanto
veo que por mi derramas?
Es cierto? Con que me amas?
LEONOR. Te amo tanto, tanto, tanto!...
ENRIQUE. Entonces, ¿por qué penar
me hiciste, cruel y fiera?
LEONOR. No sabes?... «Quien bien te quiera
dicen que te hará llorar!»
REY. Por eso mismo, Leonor,
quise hacer que vos lloráseis...
y de este modo espiaseis
vuestra culpa y vuestro error!
LEONOR. Mas quién pudo la verdad
descubriros y mi objeto?
JUAN. Yo que dí aviso secreto

de todo á su Magestad;
(*El rey se acerca á una mesa y escribe algunas palabras en un manuscrito.*)
el dispuso mi evasion,
y fingiendo su dureza,
castigó vuestra altiveza
con la pena del talion!

ISABEL. A despedirme ha un momento (*á D. Felix.*)
de la reina, vine aquí;
porque entrar ya decidí
esta tarde en el convento!

LEONOR. Como, Isabel, ¿tal premura?

(*D. Felix se acerca al rey.*)

ISABEL. Para mi el claustro profundo!
Para ti brillante el mundo!
Tú el placer; yo la amargura!
Mas que me dejes quisiera
al menos... su medallon!

LEONOR. Si!

ISABEL. Sobre mi corazon
ve á buscarle cuando muera!

FELIX. ¿Con qué ya está concluida¡ (*al rey.*)
la comedia?

REY. Nada falta.
Toma, y lee. (*Dandóle un manuscrito.*)

FELIX. Merced tan alta
no merezco, por mi vida,
Es dramático el asunto?
Es feliz el desenlace?

REY. Juzga tú; un instante hace
pasó aquí punto por punto!

FELIX. Ah! Con que es la propia historia,
señor, de vuestra grandeza?

REY. Comedia fué mi dureza.

FELIX. No lo será vuestra gloria!
Mas debisteis olvidar
darla título tambien.

REY. Es cierto! Escribe: «Quien bien
te quiera, te hará llorar!»

FIN DE LA COMEDIA.

Obras dramáticas del Círculo Literario Comercial, *representadas últimamente en los teatros de la Corte.*

LA CENIZA EN LA FRENTE, en tres actos.
DE MADRID A TOLEDO, en cinco actos.
EL BUFON DEL REY, en cinco actos.
EL REY DE LOS PRIMOS, en tres actos.
EL HIJO DEL DIABLO, en cinco actos.
UN MATRIMONIO A LA MODA, en tres actos.
QUIEN BIEN TE QUIERA TE HARA LLORAR, en tres actos.
MARICA—ENREDA, en tres actos.
FLAQUEZAS Y DESENGAÑOS, en tres actos.
UN VOTO Y UNA VENGANZA, en cuatro actos.
ATAQUE Y DEFENSA, en tres actos.
LA AMISTAD, en tres actos.
EMBAJADOR Y HECHICERO, en tres actos.
JUAN EL PERDIO, en un acto.
UN CONTRABANDO, en un acto.
LA CASA DESHABITADA, en un acto.
MI MEDIA NARANJA, en un acto.
INFANTES IMPROVISADOS, en un acto.
POR AMOR Y POR DINERO, en un acto.
ESTRUPICIOS DEL AMOR, en un acto.

ZARZUELAS.

MISTERIOS DE BASTIDORES.
COLEGIALAS Y SOLDADOS.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en las librerías de Rios calle de Carretas, y Cuesta, calle Mayor.

EN PROVINCIAS.

Albacete.	Herrero Pedron.
Alicante.	Ibarra.
Almería.	Vergara y comp.
Alcoy.	Martí é Hijos.
Almaden.	Quiroga.
Algeciras.	Castaño y Monet.
Astorga.	Barrio y Gudiel.
Avila.	Aguado.
Badajoz.	Viuda de Carrillo.
Baeza.	Albambra y Jareño.
Barcelona.	Oliveres.
Bejar.	Luis de la O.
Benavente.	Hidalgo Blanco.
Bilbao.	Delmas é Hijo.
Burgos.	Calle.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Moraleda.
Ciudad - Real.	Gonzalez.
Ciudad - Rodrigo.	Perez.
Calatayud.	Larrága.
Coruña.	Perez.
Coria.	Muñoz.
Córdova.	Manté.
Castellon.	Moles.
Carmona.	Moreno.
Cartagena.	Benedicto.
Cuenca.	Mariana.
Ecija.	Jimenez.
Ferrol.	Tajonera.
Gerona.	Oliva.
Gijon.	Delgrás.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Huelva.	Rodriguez.
Huesca.	Viuda de Galindo.
Jaen.	Sagristá y comp.
Jerez de la Frontera.	Bueno.
Leon.	Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol.
Logroño.	Viuda de Brieba.
Málaga.	Medina.
Murcia.	Benedicto.
Mataró.	Cabot.
Ocaña.	Calvillo.
Orense.	Gomez Novoa.
Oviedo.	Longoria.
Palencia.	Camazon.
Palma.	Rullan Hermanos.
Pamplona.	Erasun y Rada.
Plasencia.	Pis.
Pontevedra.	Varea Varela.
Reus.	Vidal.
Ronda.	Moreti.
Santa Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Riesgo.
Santiago.	Sanchez y Rua.
San Sebastian.	Pio Baroja.
Salamanca.	Oliva.
Segovia.	Alejandro.
Sevilla.	Santigosa.
Soria.	Rioja.
Talavera.	Fando.
Tarragona.	Puigrubí y Canals.
Teruel.	Pomegrol.
Toledo.	Hernandez.
Toro.	Rodriguez Tejedor.
Tuy.	Martinez Gonzalez.
Trugillo.	Hernandez.
Valencia.	Matheu y Garin.
Valladolid.	Rodriguez.
Vigo.	Sotero.
Vitoria.	Ormilugue.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Polo.

El *Círculo Literario Comercial* se halla establecido en la calle de Fuencarral, n.º 2 cuarto entresuelo, casa de Astrarena.